

EN ÓRBITAS EXTRAÑAS 18

EL DEMONIO EN EL HOGAR

Ramón Somoza



En órbitas extrañas 18:

El demonio en el Hogar

Ramón Somoza

© 2019 Ramón Somoza García

ISBN: 978-84-15981-72-5

Editor: Editorial Dragón

Versión MOBI

Este libro electrónico está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a [Amazon.es](https://www.amazon.es) y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

En órbitas extrañas 18:

El demonio en el hogar

Estoy en mitad del claro, con la hoguera chisporroteando a mi espalda. Levanto la mirada, hacia las ya familiares constelaciones, tan distorsionadas respecto a cuando las miraba cuando aún vivía en Marte. Tan diferentes del imponente firmamento que llegué a ver a quince mil años luz de aquí. Pero este es el cielo del planeta que es ahora el mío, el mundo que mi padre bautizó como Thuis, el hogar.

Oigo algunos carraspeos de la multitud que me rodea, y arranco la mirada del cielo estrellado. Aunque en la oscuridad casi no los veo, sé que están ahí. Miles de personas, esperando que les cuente algunas de las aventuras que he vivido en lugares tan lejanos que he sido el único ser humano que ha llegado a verlos. Historias tan extrañas que nadie me creería, salvo por el hecho de que volví con dos inmensos extraterrestres, parecidos a los dinosaurios. Mi nueva familia. Porque aparte de mi madre, sólo me quedan ellos. Hasta que llegué yo, nadie había visto jamás extraterrestres. Nadie salvo mi madre, que descubrió que también había dos razas alienígenas en este mundo.

Miro a la oscuridad, apenas percibiendo algunas sombras de los miles de hombres y mujeres a mi alrededor. Ni siquiera se acercan, porque de alguna manera saben lo que digo, aunque estén lejos de mí. Basta con que quieran escucharme, y me oirán. Creo que es ese extraño órgano que tengo en mi cabeza, unido a esa misteriosa piedra que tengo incrustada en el cráneo, el que emite mis palabras para que se entiendan cuando hablo en público. Lo sé porque esa joya se ilumina en mis charlas, pero nadie puede oírme cuando no hablo a una multitud. Aún así, son muchos los que vienen en persona los viernes al anochecer, que es cuando nos juntamos. Casi toda la colonia sigue lo que digo. Es una de las pocas distracciones que tienen, a cincuenta años-luz del sistema solar.

Supongo que es un poco ridículo, que siete mil personas se pongan a escuchar las aventuras de una niña de doce años. Bueno, los doce años es un poco dudoso, porque he hecho tantos viajes a velocidades relativistas que mi edad biológica está en discusión. Cronológicamente, tengo catorce años, a punto de cumplir los quince. Biológicamente hablando, es echar una moneda al aire para decidir si aún tengo doce o ya he cumplido los trece, aunque creo que no los he cumplido aún. Mamá y yo hemos acordado que tendré oficialmente trece el día que según el calendario debería cumplir los quince. Para no complicar aún más las cosas.

Soy la única niña que hay aquí, por cierto. Han nacido algunos bebés, pero aparte de ellos, el más joven de los colonos tiene veintitantos años. Todos tienen cierta tendencia a tratarme de forma paternalista, y eso que soy —aparte de mi madre— la única que se atreve a entrar sola en la selva que se distingue a lo lejos. Aunque después de escuchar mis aventuras, la mayor parte de los colonos está empezando a tratarme ya como a una adulta. Más les vale. Tengo el coeficiente intelectual más alto de todo el planeta.

Estas charlas comenzaron casi por casualidad. Mi madre y Joshua —el jefe de la colonia— una noche hicieron una hoguera detrás de la casa de mi madre y en un momento dado me pidieron que les contase algo de mis aventuras. Para cuando terminé, para mi gran sorpresa, había decenas de personas escuchando. El viernes siguiente ya eran centenares. Pronto los viernes por la noche se convirtieron en el evento social de la semana. Especialmente cuando un día empecé a cantar.

Mi canto es algo especial. Me han dicho que soy como una sirena, que atrae con sus cánticos a

la gente. No me hace nada de gracia la comparación, puesto que las sirenas atraían a los marinos hacia su perdición. Pero sí es cierto que esa extraña piedra que tengo en la frente, la estrella del destino, hace que mi canción se vuelva casi mágica, y que la gente se quede embobada, presa de una extraña felicidad. Procuro no cantar durante las horas de trabajo, puesto alguien podría salir herido al quedar paralizado mientras realiza un trabajo peligroso. No vale para nada taparse los oídos. Resulta que es tanto una emisión de sonido como una emisión *psi*. Y nadie puede taparse el cerebro. Los viernes por la tarde, cuando termino mi relato, siempre me piden que cante: Es una manera perfecta de terminar la semana.

—Una vez, fui raptada por los Tloc —comienzo mi relato, en un silencio impresionante—. Ya os hablé otras veces de ellos, una raza tecnológicamente muy avanzada a la que todos llamaban “los compradores del futuro”.

Esta historia no es algo que me guste compartir, de hecho me avergüenza bastante lo que tuve que hacer. Pero Joshua me ha pedido que lo contase, después de que mi familia extraterrestre lo mencionase una vez de pasada. Aquello terminó con los Tloc volviendo al equivalente de la época medieval. Aunque no me enorgullece, habría sido peor que los hubiesen borrado del mapa, como estuvieron a punto de hacer los Krogan y los Naurin. Al menos logré evitar que los exterminasen.

Termino mi historia, y canto. Hoy es algo especial, una canción escrita por una de los colonizadores, una muchacha asiática que también procede de Marte. Me había pedido muy tímida si la podría cantar algún día, y me encantó tanto la letra como la música.

*Busqué mi lugar entre estrellas,
abandonado mi Marte natal,
aspirando a estar entre aquellas
que quieren más que un lugar virtual.*

*Muy lejos viajé al espacio,
más allá del Sistema Solar.
Abandoné lo que era un palacio,
esperando encontrar un hogar.*

Escucha todo el mundo, hipnotizado, como suele ocurrir cuando canto, pero esta vez *siento* que estoy tocando una fibra mucho más sensible. Esta canción, *La balada del emigrante estelar*, no es una canción más. Todos los colonos la están sintiendo como suya. Es su propia historia. Su propia canción. Sé, sin que nadie me lo diga, que esta hermosa composición se va a convertir tarde o temprano en el himno de nuestra colonia.

Termino la melodía. Otras veces, cuando termino, la gente aplaude un poco y se pone en pie, hablando entre ellos. Esta vez callan, como abrumados por la historia que he cantado, pero al final se levantan, aplaudiendo de forma atronadora.

Yo me acerco a donde está Akemi, y a pesar de que se resiste la saco al claro y explico que es quién ha compuesto la canción. El aplauso es esta vez mucho más intenso, haciendo que la chica se ruborice. Se inclina, sin saber qué decir, y yo aprovecho para hacer el mutis por el foro. Es ella quien debe llevarse el reconocimiento esta vez. Estoy convencida de que es una gran artista que en el futuro nos regalará los oídos con canciones incluso más hermosas. Con ese agradable pensamiento vuelvo con mi familia. Con mi nido.

El nido al que pertenezco es la familia más extraña que hay en todo el planeta, dado que dos de sus miembros son alienígenas y otro es una inteligencia artificial. Aún así, nuestro nido se ha

integrado en la colonia con una facilidad asombrosa. Yo, por supuesto, me he convertido en la ayudante de mamá. Es lógico, puesto que yo terminé también la carrera de astrobiología, como ella. La única diferencia es que ella la terminó con dieciséis años, y yo con diez. Aunque mamá es *muy* inteligente, yo lo soy mucho más. También soy la embajadora con los Urgh, unos seres gigantescos muy primitivos que descubrimos, puesto que después de derrotar a su jefe ellos me consideran su líder. A decir verdad, yo delego todo en el antiguo jefe, Krag.

Tara y Groar, los dos Krogan que comparten mi extrañísimo matrimonio, se han convertido en los exploradores oficiales de la colonia. Es lo suyo: Aunque el planeta es muy hermoso, también tiene muchísimos peligros, y los dos guerreros le dan mil vueltas a cualquier humano en el planeta en caso de combate. En apenas seis meses ya han descubierto más recursos en este mundo de los que podremos explotar en un siglo.

Dado que salen mucho, Joshua los ha convertido también en los embajadores de los Laarneis. Son la raza original que creció en este planeta y que milagrosamente sobrevivieron bajo veinte *kilómetros* de escombros cuando otros alienígenas, llamados Bai R'the, derribaron la luna sobre este mundo, hace unos ochenta mil años. Joshua no ha querido desvelar su existencia a la colonia; ni siquiera lo ha reportado a la Tierra, aunque sí ha reportado a los Urgh. Le preocupa mucho lo que puedan pensar los colonos sobre el potencial peligro de los Bai R'the, amén del pánico que se podría desencadenar en la propia Tierra, así que los que sabemos de la existencia de los Laarneis nos lo callamos. Quizás cuando la gente se haya acostumbrado a la existencia de los pacíficos Urgh se les pueda advertir de que no todos los alienígenas que hay por ahí son inofensivos. Dado que los Laarneis no planean salir a la superficie hasta dentro de unos años, hay tiempo para ir preparando a la gente. A decir verdad, aún no sabemos cómo hacerlo.

El último miembro de nuestro nido, Irina, estaba inicialmente un poco reacio a descubrir su existencia. Es lógico: En el lugar de donde procede hubo hace decenas de miles de años una sublevación de las inteligencias artificiales contra los seres que los crearon. La así llamada Guerra de las Máquinas creó tal devastación que cualquier IA sería considerada una terrible aberración que habría que destruir de inmediato. Aunque como los humanos no estuvimos involucrados en esa guerra... Bueno, Irina se aventuró a salir de la nave con su extensión móvil, una especie de robot controlado en remoto. Levantó no pocas cejas, pero solo encontró curiosidad, y no una actitud hostil. Y esa curiosidad se convirtió en gratitud cuando curó a un bebé muy enfermo en nuestro autodoctor.

En última instancia, Irina se ha convertido en el segundo médico y hospital de la colonia. Hay un médico, y también un pequeño hospital que no pueden competir con los conocimientos de Irina, pues al fin y al cabo fue diseñada como IA médica. También ayuda a los gigantescos Urgh, para los cuales los conocimientos de nuestro médico no son muy adecuados.

Cualquiera habría supuesto que el doctor Chang estaría molesto, pero para mi sorpresa ha hecho muy buenas migas con Irina, tirándose horas de charlas con ella. Por lo que me ha dicho mi coesposa, está aprendiendo un montón de biología y de tecnología médica alienígena que debe estar como mínimo siglos por delante de los humanos, por lo que está entusiasmado. Obviamente ayuda mucho que Irina le haya fabricado con nuestra impresora 3D un autodoctor para el hospital de la colonia, lo suficientemente grande para acoger tanto a un humano como a un Urgh. Si bien no es tan sofisticado como el nuestro, aún así supone un salto dramático en la sanidad planetaria. Y vino muy bien una vez que hubo un accidente y tuvimos que atender a varios heridos graves al mismo tiempo.

Sin embargo, lo que nos ha dado un estatus especial a todos es que con ayuda de los dos autoautoctores hayamos modificado genéticamente a toda la colonia, reforzando sus músculos, para que no noten la mayor gravedad del planeta. Para la gente de la Tierra, andar con 1,3 g ya es un drástico cambio respecto a la gravedad bajo la que habían crecido, pero para los que hemos nacido en Marte es soportar más de tres veces nuestro propio peso. Incluso después de haber entrenado durante años para soportar esa gravedad, nuestros organismos se estaban resintiendo. Ahora, con esta modificación genética, todos andan como si hubiesen nacido aquí; se les nota mucho más ágiles. Hasta aquellos que inicialmente estaban muy reacios terminaron por someterse a ella. No obstante, modificar a siete mil personas con dos autoautoctores, llevó muchísimo trabajo. Estuvimos más de tres meses sin parar, turnándonos los unos a los otros las veinticinco horas y media del día de Thuis.

Nuestro nido tiene una casa propia. En realidad podíamos haber seguido viviendo en el *Viento Solar*, nuestra nave estelar, pero la distancia desde el pueblo al espaciopuerto es algo más de dos kilómetros, y andar eso todos los días era un incordio. Si hubiéramos aterrizado con la nave más cerca, entonces hubiésemos destrozado alguno de los campos. Después de discutirlo con el nido, decidimos construir nuestra propia casa al lado de la de mi madre.

Supongo que mamá esperaba que me fuera a vivir con ella, pero la verdad es que no puedo hacerlo: Estoy casada, y para colmo soy la matriarca del nido y del clan. Irme a vivir a otro sitio que no sea el nido sería un insulto enorme para Tara y Groar, así que se lo expliqué a mi madre de la forma más delicada posible. Frunció el ceño, luego suspiró y se rindió: como construimos nuestra casa al lado de la suya, a decir verdad casi no había diferencia.

Eso sí, el contraste de los estilos arquitectónicos es brutal: Las casas de la colonia son cuadradas. La mayoría son prefabricadas, aunque la de mi madre es de madera, hecha con árboles locales. En cambio la nuestra, aparte de ser enorme, es redonda, hecha con un hormigón reforzado de tecnología alienígena capaz de aguantar el impacto directo de una bomba, y parece un antiguo búnker. Vamos, que es el estilo arquitectónico Krogan típico para zonas dudosas. Además, tiene dos túneles secretos para escapar. Aparte de nosotros, solo lo saben mi madre y Joshua. A él se lo tuvimos que decir: Teníamos que pasar por debajo de la canalización, y hubo que cortarla una noche para poder hacerlo. Aunque puso una cara muy rara, no puso pega. Obviamente no le dijimos a dónde salían los túneles. Supongo que se quedaría a cuadros si se enterase de que uno de ellos termina en un bosquecillo justo al lado de su casa.

Normalmente estoy ocupada con la analítica de las cosechas: hay en este mundo algunos insectos que le han cogido cariño a lo que sembramos, y tenemos que deshacernos de ellos sin poner patas arriba todo el ecosistema de Thuis, lo que no es nada fácil. Cuando no salimos a hacer investigación de campo, mamá me echa un cable. Estoy comprobando a diario que una cosa es la teoría que me enseñaron en la universidad, y otra totalmente diferente ponerla en práctica. Pero con la ayuda de mi madre estoy haciendo enormes progresos.

Y en mi tiempo libre termino de preparar mis publicaciones. Como buena científica debo dejar mis descubrimientos para la posteridad. Aunque, seamos sinceros, mamá también me echa aquí un cable. Desde luego que no nos aburrirnos.

Uno de los dos libros que he escrito es algo raro. Podríamos decir que es un diccionario, aunque a la hora de la verdad es casi un tratado matemático. Y es que enseña el Común, un lenguaje basado en las matemáticas que se utiliza a quince mil años-luz de aquí para la comunicación inter-especies. Me costó horrores escribirlo, porque no existe una equivalencia

humana directa. Si bien la traducción entre diferentes idiomas terrestres es relativamente fácil, esto es una lengua que no se parece en nada a la gramática humana. Y los conceptos más avanzados del lenguaje soy incapaz de explicarlos, puesto que están basados en matemáticas que nuestra especie aún no ha descubierto. De hecho, ni siquiera yo soy capaz de entenderlos, y eso que soy un genio, así que me limito a transcribir las matemáticas asociadas, esperando que algún genio del futuro sea capaz de comprenderlo. Eso sí, me tengo que inventar algunos símbolos nuevos para poder representarlo. De todas formas, adjunto el código original, por si hay alguien que sea capaz de explicarlo mejor.

El otro libro, en cambio, es mucho más accesible, puesto que es un tratado sobre todas las especies inteligentes que he ido documentando a lo largo de mis aventuras. Me siento muy orgullosa de este libro, que me consagrará para siempre como una astrobióloga o, como empiezan a llamarlo ahora, xenobióloga. Francamente, prefiero el nombre original.

Sin embargo, mi obra maestra hace que tenga una buena disputa con mi madre, y todo porque he puesto su nombre en la portada como coautora.

—Tanit, cariño, yo no me voy a apropiarme de tu trabajo —me suelta en cuanto se lo enseño, una vez que está listo para su publicación—. De ninguna manera.

—Pero mamá...

—No. No hay nada más que hablar.

Termino por impacientarme. Comprendo que mamá no quiera quitarme nada de la gloria que supone escribir el primer tratado científico sobre extraterrestres inteligentes. Pero es mi madre. Si saco ese libro por mi cuenta, la eclipsaré. Su propio inmenso trabajo científico durante casi dos décadas quedará olvidado porque yo he tenido una suerte tremenda.

—¡Escúchame! Mamá, has corregido mis datos durante meses. No es justo que eso no se reconozca.

Mamá sacude la cabeza. Papá siempre decía que ella era una cabezota; bueno, pues parece que tenía razón.

—Cariño, eso no justifica que mi nombre aparezca como autora. Como mucho en los créditos.

Se da la vuelta, terminando la discusión. Vale, si cree que esto va a quedar así, pues lo lleva claro. La agarro del brazo, reteniéndola.

—¿No te das cuenta de que, si tu nombre no está, la obra saldrá incompleta? —grito.

Ahora sí la he sorprendido, por cómo parpadea.

—¿Cómo que saldrá incompleta?

Sonrío. La he pillado. A ver cómo se escapa de ésta.

—Este libro incluirá todas las razas extraterrestres conocidas. Eso incluye dos razas de aquí, los Urgh y los Laarneis. Y eres tú quien los ha descubierto, por lo que yo no puedo incluirlos en mi libro a menos que tú también constes como autora. Tú no quieres robar mi trabajo; bueno, pues yo tampoco quiero robar el tuyo.

Por la cara que pone sé que no había pensado en eso. Es cierto que ha descubierto dos razas alienígenas en el espacio humano. Un enorme descubrimiento que quedaría eclipsado por todo el trabajo de campo que yo he hecho.

—Cielo, los Laarneis los descubriste tú.

Bufo con desprecio.

—Eso lo dirás tú. Como mucho, los descubrimos juntas. Y fue precisamente porque descubriste a los Urgh por lo que también descubrimos a los Laarneis. De no haber hecho tú el primer descubrimiento, no habríamos descubierto a ninguno de las dos.

—Pero...

Hablo rápidamente, antes de que se le ocurra otra pega.

—Mamá, la única manera de publicar un compendio de todas las razas inteligentes conocidas es que unamos nuestros conocimientos en el mismo libro. Por eso las dos debemos aparecer como autoras.

Ella suspira.

—Sí, entiendo lo que quieres decir. Pero cariño... yo sólo he documentado una raza. Dos, si admitiese a los Laarneis. Tú has documentado ciento diecinueve.

Sonrí con picardía. Me acabo de dar cuenta de otra cosa más.

—Bueno, puedes aumentar ese número. Para que el libro esté realmente completo. Hay otra raza de la que yo casi no sé nada y tú en cambio sabes mucho.

Mamá frunce el ceño.

—¿Otra raza? ¿Cuál?

Suelto una risita. Esto sí que la va a sorprender.

—La raza humana. Si vamos a hacer un compendio de todas las especies, deberíamos incluir la raza humana. A menos que consideres que esa especie no es inteligente...

Entonces se ríe. Una risa alegre, cristalina, y comprendo que he ganado.

—A veces me pregunto si lo es. No cuela, cielo, nosotros no somos alienígenas y el título de tu libro es "*Tratado de especies alienígenas inteligentes*". —Inspira hondo—. Está bien, cariño, ñp aceptaré con dos condiciones: Tu nombre aparecerá primero. Eso no es negociable. Y en el libro de la fauna y flora de Thuis también aparecerá tu nombre, puesto que me has ayudado a escribirlo, al igual que yo te he ayudado a ti.

Levanta la mano y después de una breve duda la choco. Sé que por mucho que insista, en eso no va a ceder. Aún así, estoy contenta: El inmenso trabajo científico de mamá no quedará en la sombra del mío. Al contrario, nuestros nombres quedarán asociados a la obra de astrobiología más famosa de los próximos mil años. Es un pensamiento muy agradable pensar que siempre nos recordarán juntas.

—No quisiera interrumpir —oímos a Joshua decir detrás de nosotros—. Pero mucho me temo que tenemos problemas. Enormes problemas.

Las dos nos volvemos hacia él, perplejas.

—¿Problemas? ¿Qué ocurre?

Suspira y se deja caer en el sofá de mamá. Por cómo frunce un ceño, parece preocupado, y tanto mi madre como yo nos mirados en cuanto nos damos cuenta. El jefe de la colonia es el hombre más risueño que conozco. Puede estar en mitad de la mayor crisis imaginable, y seguirá

sonriendo aunque fuese para no preocupar a los demás. El que esté así es casi para asustarse.

—La Tierra nos ha puesto en cuarentena.

Ahora somos mamá y yo las que fruncimos el ceño.

—¿Cómo? ¿En cuarentena? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Por los alienígenas. —Joshua se pasa la mano por el pelo, distraído—. Por los Urgh. Y tus amigos, Tanit. En la Tierra piensan que pueden ser peligrosos. Nuestras comunicaciones por lo visto llevan siendo censuradas desde hace meses y está llegando una nave que trae a un gobernador nombrado por la Tierra. Estamos bajo jurisdicción militar hasta que se resuelva el asunto.

Mi madre y yo nos quedamos con la boca abierta.

—Que se resuelva... ¿cómo?

El hombre suspira.

—No lo sé, Laura. Por un momento pensé que era hasta que hubiesen verificado que los alienígenas no suponían ningún peligro... hasta que vi el nombre del nuevo gobernador. Es Leopold Harrigan.

Mi madre y yo nos miramos, y las dos nos encogemos simultáneamente de hombros. Ese nombre no nos dice nada a ninguna de las dos.

—¿Deberíamos conocerle?

El hombre suspira de nuevo, esta vez muy hondo.

—Supongo que en Marte no habréis haber oído hablar de él, pero en la Tierra tiene una reputación de lo más siniestra. Su apodo es “el demonio de Gereida”. Estaba como responsable militar de la zona de África Central cuando hubo disturbios en Chad debido a una mala cosecha. La gente intentó asaltar los almacenes desde los que se iba a distribuir la comida, y el tal Harrigan hizo que disparasen contra la multitud. Entre los heridos por los disparos y la estampida de pánico que desató, murieron casi mil personas. Los disturbios entonces se volvieron de lo más violento, y Harrigan los hizo reprimir a la fuerza. Entre unas cosas y otras, para cuando la cosa se calmó, habían muerto casi dos mil personas.

—Y... ¿no le llevaron a juicio?

Joshua se encoje de hombros.

—Sí. El tribunal militar sentenció que su obligación era defender unas provisiones que tenían que alimentar a toda la ciudad, y que el uso de la fuerza estaba justificado ante la propia violencia de la revuelta. Fue absuelto. —Sacude la cabeza—. Fue repugnante, era bastante obvio que el gobierno intentaba echar tierra encima del asunto, dado que el tal Harrigan conocía los trapos sucios de la mitad de los ministros. Aún así, los propios militares no le tragaban, y consiguieron que se le licenciara. Desde entonces ha estado fuera de los focos. Según algunos, haciendo trabajos no muy ortodoxos para el gobierno.

Pongo cara de asco. Un tipo así no lo necesitamos para nada en Thuis. De hecho, cuanto más lejos esté, mejor.

—¿Y por qué le han enviado a él aquí?

El jefe de la colonia entonces me mira. Parece preocupado.

—No lo sé, Tanit. Pero tengo un mal presentimiento. Dile a tu nido que se ande con cuidado. Y avisa a los Urgh para que no vengan a la ciudad en una temporada. De hecho, aunque no tengan previsto venir, tampoco estaría de más que avisemos a los Laarneis.

Asiento. Yo también tengo una sensación rara en el estómago, y yo no soy de las que no hacen caso a sus premoniciones. Me han salvado la vida en más de una ocasión.

—Quizás deberíamos ocultarnos nosotros también.

Joshua sacude la cabeza con gesto desanimado.

—No, Tanit. Este tipo es el típico paranoico. Si de pronto desaparecen los Krogan, pensará que algo están tramando. No le demos ninguna razón para sospechar. Que parezca que son pacíficos y no tienen nada que ocultar.

—¿Y los Urgh? —interviene mi madre.

El hombre abre las manos, encogiéndose de hombros.

—No lo sé, Laura. Los Urgh viven lejos. Si no aparecen, es que no quieren hacer un largo viaje para venir a vernos. Tiene su explicación: son primitivos, y no tienen vehículos. Nadie se extrañará si no rondan por aquí.

Bufo de enfado. Con lo bien que estaban yendo las cosas por aquí... y viene un burócrata de la Tierra para estropearlo. Y por si fuera poco, un burócrata con malas pulgas. Es justo lo que nos faltaba.

—Está bien —me rindo—. Voy a avisar a mi nido. ¿Cuándo llega ese tipo?

Joshua masculla algo para sus adentros.

—Ya ha llegado; su nave está en órbita. Supongo que aterrizarán por la mañana, ya está anocheciendo y aún no tenemos sistemas de control de aterrizaje automático. —Suspira—. Me imagino que tendré que ir a recibirle. Solo espero que no se entrometa demasiado en el día a día de la colonia.

—Bueno —dice mi madre, volviéndose hacia la cocina—. Pues tú ahora te vas a despreocupar un rato, que has trabajado demasiado estos últimos meses. Te invito a cenar. —Me echa un vistazo—. ¿Te quedas, Tanit? Si quieres, puedes traer a tu nido, sabes que siempre son bienvenidos.

Sacudo la cabeza, mientras me encamino hacia la puerta. Aunque Irina no come, mis coesposos devoran cada uno más que nosotros tres juntos. Mamá iba a vaciar su despensa con ellos, así que no venimos a cenar demasiadas veces. Además... ella también se ha ganado una noche libre, y sé que Joshua le gusta. Que estos dos tengan una cita, que también tienen derecho. Aunque tenga doce años, casi trece, yo sé perfectamente cuándo tres son multitud.

—No, mamá. Voy a hablar con Groar y Tara, a ver qué hacemos con ese Harrigan. Además, toca entrenamiento de combate antes de cenar, y ya sabes que Groar no perdona ni una. Que lo paséis bien.

—Que descanses, cariño.

—Hasta luego, Tanit.

Agito la mano en señal de despedida y salgo, encaminándome hacia nuestra casa. Dos colonos pasan a mi lado y me saludan con amabilidad; yo hago lo mismo. Son los hermanos Bjorkquist; ellos vinieron directamente de la Tierra, de un sitio tan cercano al Polo Norte que Thuis les

parece el trópico aunque la temperatura normal esté alrededor de los veinte grados. Por supuesto, en este planeta a estas alturas nos conocemos todos. Lo que no entiendo es cómo en la Tierra pueden vivir quince mil millones de personas todos juntos. Debe ser horrible vivir entre tantos desconocidos.

Llego a mi casa y veo que la puerta está entreabierta. Frunzo el ceño y miro la entrada, suspicaz. Esto es muy raro. Al instante saco mi pistola de proyectiles explosivos del cinto. Aunque en Thuis no hay criminales, nadie entra tampoco en casa de otro a menos que haya sido invitado. O igual es que ha entrado algún animal, y en Thuis hay bestias muy peligrosas. Por suerte, yo *siempre* voy armada. Eso ya se ha convertido en una costumbre que ya me ha salvado la vida más de una vez. Mejor no me arriesgo.

Me acerco con cuidado y empujo la puerta con el pie. Nada. El interior está a oscuras. Dudo por un momento. ¿Enciendo la luz de mi cinturón? No, mejor no. Está anocheciendo, y voy a deslumbrarme durante un segundo, el tiempo que voy a tardar en acostumbrarme a la luz. Tiempo más que suficiente para que alguien me dispare o que una bestia me ataque, por no hablar del hecho de que con la luz revelaría mi posición. Con cuidado penetro al interior.

Detecto el movimiento del aire y pego una voltereta hacia delante, esquivando el golpe. Cuando me voy a volver para enfrentarme al enemigo, vuelvo a notar cómo el aire se mueve desde otro lado. ¡Hay más de un enemigo atacándome!

Al instante, me teletransporto cuatro metros, hasta la entrada de nuestra armería. Allí me vuelvo y disparo hacia la posición donde están los enemigos, mientras echo mano a la puerta de la armería. Igual voy a necesitar algo más potente que mi pistola.

Los proyectiles explotan contra sus blancos; no he fallado. Veo el destello morado que acompaña la explosión y bajo mi arma. Sé perfectamente el qué ha causado ese destello.

—Vamos, chicos —digo, a pesar de todo un poco enfadada—. Que esto es muy trivial.

Entonces algo enorme me agarra por detrás mientras vuelve la luz.

—Será trivial —gruñe Groar—. Pero has cometido dos errores: En primer lugar, no has vigilado tus espaldas. Por otra parte, alguien nos podía haber robado los escudos de los Tloc.

Pateo hacia atrás, aunque el enorme Krogan ya me conoce, y me ha alejado de su cuerpo, por lo que no puedo darle en sus partes. Gruñe complacido al ver que lo he intentado. De hecho, se habría mosqueado si no lo hubiera hecho. Su especie es así.

—De todas formas, hay que reconocer que tu puntería ha mejorado mucho —admite Tara, acercándose—. Nos has dado a Irina y a mí en la cabeza. De no ser por el escudo, estaríamos muertas. Es notable, después de haber cambiado tan rápido de posición, que aún pudieras fijar el blanco.

El guerrero me deja en el suelo; es obvio que está satisfecho de que gracias a su entrenamiento no me puedan pillar por sorpresa.

—En una situación así, Tanit, lo lógico es que te hubieses teletransportado al interior —advierte Irina—. Así habrías tomado a tus enemigos por sorpresa. Tu entrada era previsible, aunque lo más probable es que un adversario no sepa que te puedes trasladar de forma instantánea a otro lugar.

—Así es —gruñe Tara—. Eso fue una mala decisión, Tanit.

—De eso, nada —protesto—. Nadie debe saber la extensión de mis poderes *psi*. Ahí fuera me

podían ver desaparecer. Aquí, a oscuras, nadie lo habría visto. Y eso por no hablar del hecho que al entrar normalmente he descubierto vuestra posición.

—Eso es correcto —confirma Groar. Se le nota que está contento de que sea una alumna aventajada—. Bien, vamos a comenzar el entrenamiento.

—Espera —le detengo—. Hay algo que debéis saber primero.

Les informo de las noticias que nos ha traído Joshua, lo que no parece preocuparles mucho. Groar escucha con atención, y luego hace un gesto de desprecio con la garra.

—Iremos a ver a ese humano cuando llegue. Aunque haya sido militar, no parece que sea un guerrero. De hecho, por lo que cuentas, me parece un inútil. Nunca debió dejar que la situación se deteriorase tanto como para que asaltasen sus provisiones. —Señala la entrada de nuestro centro de entrenamiento—. ¡A entrenar! He preparado hoy una pequeña sorpresa.

Tara y yo sentimos un mismo escalofrío. Las sorpresas de Groar suelen ser terribles.

Nos despertamos al amanecer, como todos los días, y después de desayunar nos preparamos para la llegada del nuevo gobernador. Y cuando digo que nos preparamos, puedo asegurar de que al tipo ese no le van a gustar nuestros preparativos ni un pelo. No solo nos ponemos nuestros trajes espaciales —que los Krogan consideran armaduras con todas las letras— sino que además de nuestros escudos deflectores nos equipamos con armamento suficiente para luchar en una pequeña guerra. La raza de mis esposos no se anda con chiquitas cuando se van a enfrentar a un posible peligro, y yo he entrenado tanto con ellos que hasta a mí me parece de lo más normal.

Joshua se pasa con mi madre a recogernos. No sé si ha pasado la noche con ella, pero no me extrañaría. Y no, no me importa: Este hombre es muy majo. Si mamá es feliz con él, pues tanto mejor para ella. Yo no me voy a entrometer.

—Control ha reportado que hay una lanzadera descendiendo —nos informa el jefe de la colonia—. Llegará dentro de una media hora o así.

—Entonces vamos bien de tiempo.

Joshua Águila Blanca ojea por un instante nuestras armas, y al final se encoje de hombros. Ya nos conoce, y sabe que siempre vamos armados a todas partes. Por otra parte, tampoco podría impedirnoslo, o sea que ni lo intenta.

Vamos andando hacia el espaciopuerto, sin apresurarnos mucho. Sabemos que oiremos a la lanzadera mucho antes de que aterrice. Y efectivamente, estamos llegando ya al edificio principal cuando escuchamos el rugido de los poderosos motores. Bueno, poderosos para los estándares humanos. A mi nido y a mí nos parecen una antigualla que hace demasiado ruido para la poca potencia que proporciona.

El jefe de la colonia se adelanta con sus consejeros cuando la lanzadera aterriza con un enorme estruendo y luego gira en la pista, acercándose hacia la terminal. Mamá va con ellos; después de todo, es miembro de la Junta de gobierno, siendo la exobióloga oficial del planeta. En cambio, Tara, Groar y yo nos quedamos en segundo plano, con todos los curiosos que han venido a ver al tipo ese. La llegada de una lanzadera siempre es una novedad, pero además ya se ha corrido la voz de lo del nuevo gobernador, y hay al menos ochocientas personas que se han acercado a verlo.

El transbordador es algo extraño; solo cuando se acerca a nosotros me doy cuenta de que es una lanzadera militar y que además viene fuertemente armada. No puedo menos que arrugar la nariz, despectiva. ¿A dónde cree que viene el tal Harrigan? Podría tener sentido en Zeta, donde

hay unos depredadores alados de unos ocho metros de envergadura, pero en este planeta este tipo de armamento es una burrada.

La lanzadera se detiene delante de nosotros y los motores se apagan con un quejumbroso pitido. Durante dos minutos, no ocurre nada. Luego se abre una puerta lateral, y despliegan una escalerilla hasta el suelo. Instantes después, descienden como dos docenas de soldados, que forman dos hileras delante de la puerta.

—¿Y eso? —pregunta Groar.

Suelto una risita. Ese tipo de cosas las vi en las noticias de la Tierra cuando aún vivía en Marte, y me pareció de lo más raro. Los marcianos, siendo un mundo mucho más joven, no solemos hacer un ceremonial así. Claro que se dice que somos sobre todo pragmáticos, y eso no parece precisamente muy productivo.

—Creo que se llama “guardia de honor”. Es algo que hacen en la Tierra cuando llegan personas importantes.

El guerrero me mira de reojo, bastante escéptico. Los Krogan no reciben a sus visitantes así, ni siquiera a su propia emperatriz, puesto que se podría considerar una amenaza. ¿Llegar y verse rodeados de soldados armados? Unos Krogan empezarían a disparar sin pararse a pensarlo siquiera.

Entonces de la lanzadera sale un tipo que supongo que es el nuevo gobernador, por cómo los soldados presentan armas. Es un hombre no demasiado alto, algo llenito, con una cara de mala uva que desde luego no anima a entablar conversación con él. Lleva una especie de uniforme blanco con charreteras que no he visto nunca. Igual es algo de la Tierra, en Marte solo vemos de vez en cuando uniformes de la Flota, y esos son todos azules o negros.

El tipo ese se para un momento y arruga la nariz, como si oliese mal. Aunque en realidad lo que ocurre es que no sabe que todos los planetas huelen diferente, debido a los minerales y formas de vida en ellos. Quizás debiera haber sido más diplomático: Al arrugar así la nariz, está quedando como un soberbio prepotente que parece creerse mejor que nosotros.

Joshua y mi madre se acercan con varios de los notables locales a saludarle, una vez que ha inspeccionado a la guardia. Bueno, inspeccionar es un decir, porque no les dirige ni siquiera una mirada. Creo que no ando demasiado desencaminada con lo de soberbio prepotente.

Al menos estrecha las manos que le están ofreciendo, y hasta fuerza una sonrisa que me parece de lo más falsa, pero igual le estoy prejuzgando. Charla un poco con el comité de bienvenida, mientras se acercan cuatro vehículos de tierra y unos cuantos oficiales bajan apresuradamente de la lanzadera. El tipo ese los presenta, y de nuevo empiezan a estrecharse las manos.

Finalmente, al cabo de un rato, hace un gesto hacia los vehículos, y los presentes empiezan a subirse. Para mi sorpresa, les indica a Joshua y a mi madre que suban primero. No esperaba esa cortesía por parte suya. Mi madre, que ya me había advertido de que igual tenía que irse con el tipo ese, saluda en mi dirección, y yo respondo a su saludo. Es entonces que el nuevo gobernador mira hacia donde estamos y se nos queda mirando. O mejor dicho, se queda mirando a los dos enormes extraterrestres que están conmigo, porque no creo que me fuese a prestar a mí la más mínima atención.

Se vuelve hacia Joshua, que le ha cedido el paso a mamá, y el otro asiente y le responde algo, aunque estamos demasiado lejos para oír la pregunta o la respuesta. El gobernador entonces nos lanza una última mirada y se sube al coche que le está esperando. Momentos más tarde, los cuatro

vehículos aceleran en dirección hacia la ciudad. Ni siquiera ha saludado a la gente que le ha estado esperando, algunos de los cuales incluso han aplaudido.

Yo no he aplaudido. A decir verdad, estoy algo mosqueada.. Encontrar alienígenas es el mayor evento en la historia de la humanidad. ¿Y ese tipo no quiere conocerlos en persona? No sé por qué, pero esto me está dando muy mala espina. Algo raro está pasando.

Mi nido, por supuesto, también lo ha pillado, ellos no tienen un pelo de tontos. Bueno, a decir verdad, ni siquiera tienen pelo. Ya se me entiende.

—Siento que ese hombre trama algo—advierte Tara—. Y no es nada bueno.

—Así es —asiente Groar—. Creo que estamos en peligro. Estemos atentos.

¿En peligro? Si lo hubiese dicho cualquier otro, habrías soltado una carcajada. Siendo Groar el maestro de los maestros guerreros de su especie, casi un dios de la guerra, habría que estar loco para ignorar una advertencia suya. Y eso por no hablar de que tengo un pálpito al respecto.

Un rugir de motores hace que nos volvamos. La lanzadera ha abierto un portalón, y están empezando a salir vehículos. Me quedo a cuadros al verlos. Aunque en Marte no hay vehículos así, he visto suficientes películas como para saber de qué se trata: Los carros de combate son inconfundibles.

Descargan seis, que se despliegan alrededor de la lanzadera, como si tuviesen que defenderla, mientras empiezan a salir camiones y excavadoras que van colocándose en un extremo del espaciopuerto. Y aún no han terminado de descargar, cuando por la puerta por la que salió ese tipo empiezan a desembarcar soldados con armadura. Miro a mi nido, y ellos me miran a mí, Esto tiene cada vez peor pinta.

Los colonos están con la boca abierta, lo que no es de extrañar. Esto parece una verdadera invasión.

Aunque en última instancia, tampoco es para tanto: La lanzadera tiene poco más de ochenta metros de largo, y la mayor parte del espacio está reservada a la bodega de carga y a los enormes motores. En total, habrán desembarcado como veinticuatro vehículos y unos ciento treinta hombres. Eso sí, con el ruido que hacen, parecen quinientos. Supongo que es la escolta de ese tipo. Seguro que no se atreve ni a pasear por el jardín de su casa sin guardaespaldas. Por lo que comentó Joshua, no debe ser precisamente muy popular.

Los soldados se despliegan y hacen retroceder a los colonos; cualquiera diría que el espaciopuerto es suyo, porque al que se resiste le empujan de malas maneras. Aprieto los labios. Esos maleducados a nosotros no nos van a echar así como así. Nosotros nos iremos cuando nos dé la gana, no cuando digan ellos.

Un grupito de cinco o seis soldados se nos acerca entonces. Por la cara que ponen, les da un poco de grima acercarse. No por mí, claro, sino por los dos enormes saurios que están conmigo. Estos tipos no han visto jamás a un alienígena, y supongo que debe imponer bastante, especialmente cuando eres un enano a su lado.

—Haga el favor de marcharse —me dice un cabo que parece ser el que está al mando—. Y llévese a esos bichos. Esto es ahora zona militar.

—¿Bichos? —me escandalizo—. ¡Son seres inteligentes!

—Me da igual —refunfuña el tipo ese—. El caso es que como esos bichos no desaparezcan de aquí en menos de cinco minutos, los liquidamos.

Estoy por tumbarle de un puñetazo por insultarnos así. Antes de que me pueda mover, nuestro guerrero se acerca y se agacha hasta su altura, enseñando los dientes en lo que en su raza es una sonrisa pero que hace que los soldados se envaren de la impresión.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunta Groar con engañosa amabilidad.

Intervengo rápidamente, antes de que ese imbécil se ponga gallito y Groar le arranque la cabeza de un tirón. Los Krogan no son precisamente conocidos por su infinita paciencia.

—Lo pregunta por curiosidad —le indico al cabo—. Es que en su especie hay ciento veintisiete palabras equivalentes a “matar”. Está *kut*, que significa destripar a un enemigo, abriéndole con un cuchillo desde el ombligo hasta el cuello y sacándole las tripas para hacérselas comer. También hay *asket*, que es matar al contrario arrancándole los miembros uno a uno. O *netro*, que significa sacarle el corazón al adversario solo con las garras...

El tipo ese palidece a medida que enumero los métodos más comunes que utilizan los Krogan para deshacerse de sus enemigos. Supongo que será el típico bravucón, pero es obvio que hacerse el machito no le va a valer con un alienígena de una especie guerrera que mide metro y pico más que el y que pesa al menos cuatro o cinco veces más. Empieza a recular con sus compañeros y Groar muge de desprecio al verlo. Saca su daga —una verdadera espada para los humanos— y los soldados salen corriendo. Todos reímos entre dientes. Los fanfarrones no suelen impresionarnos mucho a ninguno de nosotros.

Un oficial mira entonces en nuestra dirección y grita algo. Al instante converge sobre nosotros la mitad de la tropa y dos de los carros de combate giran lentamente sus torretas, apuntando en nuestra dirección. Los soldados están con las armas en la mano, apuntándonos. La cosa se está poniendo seria.

Groar y Tara echan mano a sus respectivas armas, y yo me apresuro a intervenir, poniéndome delante de ellos, antes de que empiece el tiroteo. Como ya he dicho, los Krogan no son famosos por su paciencia, y cuando alguien les apunta con un arma, ellos suelen disparar primero.

—Sugiero que antes de hacer cualquier tontería, miréis hacia allí —le indico a los soldados, señalando nuestra nave—. Porque un solo disparo os convertirá a vosotros, a vuestros carros de combate y hasta a la lanzadera en cenizas.

Los hombres y las mujeres se medio vuelven hacia donde estoy señalando. Cuando me vuelven a mirar, están pálidos: Irina ha abierto las bahías de armas de nuestra nave y ha sacado varios dispositivos que nos encañonan. Aunque ninguno de nuestros adversarios puede reconocer esa clase de armamento, es bastante obvio de qué se trata. Y el armamento de una nave estelar está claro que es muy superior a sus fusiles y sus cañones.

El oficial se acerca corriendo, observando de reojo nuestra nave. Me mira, luego a los dos alienígenas, obviamente dudando de a quién tiene que dirigirse. Finalmente abre la boca, mirando a Groar, y éste, sin soltar su cañón de plasma, me señala con la otra garra. El otro se vuelve entonces hacia mí. Supongo que piensa que tengo que hacer de traductora, por lo que dice.

—Explíquele a esos... seres que esto es ahora una zona militar. Deben marcharse de inmediato.

—Ellos son Krogan —le explico—. Y le han entendido perfectamente. Pero a ninguno de nosotros nos gusta que nos digan que nos larguemos sin más, y mucho menos insultándonos.

Por la cara que pone, sé que se ha quedado perplejo.

—¿Insultándolos?

—Esos gusanos a sus órdenes nos han llamado bichos —responde Groar en perfecto español. A estas alturas, mi nido ya casi no tiene acento—. En mi planeta les habría arrancado las vísceras y se las habría hecho comer. —Señala con la garra—. Sí, esos cobardes que han salido corriendo. No voy a molestarme en desafiarles, puesto que está visto que no tienen honor. Que vuelvan a esconderse debajo de la piedra de la que han salido.

—¡No le permito que...! —empieza a farfullar uno de los aludidos.

—¡Cállate, Williams! —le ordena bruscamente el oficial—. ¡Ya has metido suficiente la pata! —Se vuelve hacia nuestro guerrero—. Si los hombres bajo mi mando le han ofendido, permita que le ofrezca mis disculpas. No volverá a ocurrir, se lo aseguro. Y tiene mi palabra de que serán castigados por su comportamiento.

El Krogan gruñe aprobador, aunque ello pone a los soldados aún más nerviosos. Ellos no saben que nuestro guerrero siempre apreciará el buen hacer de un oficial y piensan que sigue cabreado. A mí también me costó una buena temporada hasta que supe reconocer sus gestos.

—Mi familia y yo aceptamos sus disculpas —intervengo, intentando calmarlos. Ya está la situación lo bastante tensa como para que encima se acongojen aún más y empiecen a disparar.

—¿Familia? —se sorprende el hombre.

—Es nuestra *Art'Ana* —explica Tara—. Nuestra matriarca. Nuestra líder.

La cara de todos los que nos rodean es digna de verse. Ahí están delante de dos alienígenas enormes, y estos les dicen que su jefe es una niña. Para flipar en colorines, como decíamos en el colegio.

El oficial inspira hondo. Luego se vuelve hacia mí.

—Les ruego que abandonen la zona. Tenemos instrucciones de establecer un perímetro de seguridad alrededor del espaciopuerto.

—No nos iremos mientras nos apuntan con sus armas —gruñe Groar—. No sería honorable.

—Pero...

—Los Krogan jamás aceptarán irse bajo amenazas —explico—. Si intenta obligarnos a irnos a la fuerza, será culpable de la primera guerra interestelar de la raza humana —le advierto—. Ellos jamás se irán sin luchar. Y la última especie contra la que se enfrentaron los Krogan ahora ha vuelto a la Edad Media. ¿Me explico?

El hombre traga fuerte. Reflexiona un instante y luego toma una decisión.

—¡Sargento! —ordena—. Lleve a los hombres a preparar el campamento. Y comunique a los carros de combate que dejen de apuntar a esta posición.

—Sí, señor —contesta uno de los soldados, bajando su arma y haciéndole un gesto al resto de la tropa—. ¡Venga, pandilla de gandules! ¡Ya habéis oído al capitán!

El oficial se vuelve hacia mí, mientras los soldados bajan sus armas, se vuelven hacia la lanzadera y empiezan a correr.

—Señorita...

—Señora —le corrijo. Después de todo, un nido Krogan es una especie de matrimonio—. Señora Martín.

Es muy divertida la cara que pone, pero es que desde luego eso es algo raro de narices.

Carraspea.

—Uuum, sí. De acuerdo, señora Martín. Lamento decirle que el espaciopuerto es ahora zona militar. Tengo que pedirles que se marchen.

Señalo.

—¿Y nuestra nave? ¿Acaso espera que la dejemos en zona militar? ¿O prefiere que nos la llevemos?

Pone cara de dolor de muelas. Miro a mi nido, y están enseñando los dientes. Es una sonrisa, claro, pero el capitán no lo sabe. Seguro que está deseando descubrir todo lo que pueda sobre nuestra nave. No es que lo vaya a conseguir, por supuesto.

—Esto... mire, señora Martín, vamos a hacer una cosa. Acordonaremos el espaciopuerto, salvo la zona de aparcamiento, para que puedan entrar en su nave cuando quieran. Así no tendrán que acceder a una zona militar. ¿Le parece bien?

Por poco me río en su cara. Irina controla la nave, y la puede mover a donde queramos, sin estar nosotros a bordo. Y si este tipo piensa que no podemos irnos por necesitar la pista de despegue, como la lanzadera, entonces se va a llevar una buena sorpresa cuando se eleve la nave.

—Muy bien. Agradecemos el detalle, capitán.

El hombre inclina brevemente la cabeza y se da la vuelta, volviendo con los suyos. Sé que está esforzándose en no mirar atrás. No debe ser muy tranquilizador tener a dos monstruosos Krogan a su espalda, y para colmo estando armados hasta los dientes. Sin embargo, aguanta el tipo mientras vuelve con los suyos. Ni siquiera echa una ojeada cuando se pone a dar órdenes.

Los Krogan están riendo entre dientes. Su honor les prohíbe obedecer bajo amenazas, y los militares han tenido que transigir. Contemplamos durante un rato cómo descargan la lanzadera y empiezan a montar un campamento en un lateral de espaciopuerto sin que nadie nos haga el más mínimo caso —o al menos pretenden hacerlo, porque se les escapan no pocas miradas furtivas. Cuando empezamos a aburrirnos, nos vamos.

—Os habéis fijado, ¿verdad? —pregunta Groar mientras volvemos andando hacia la ciudad.

—Si —confirma Tara—. Ese campamento va a ser mucho más grande de lo que van a necesitar esos hombres.

Asiento vigorosamente. Yo también me he dado cuenta, No puedes ser una alumna del *Narl-Narl-En* y no fijarte en esa clase de detalles.

—Van a traer más gente, estos solo son una avanzadilla. Traen demasiado material con ellos.

El guerrero gruñe con aprobación de que hayamos aprovechado tan bien sus lecciones.

—Y la pregunta es... ¿para qué necesitan tanta gente?

No respondemos ninguna de las dos, porque no tenemos la respuesta, ni nuestro macho tampoco lo esperaba. Cada vez es más obvio que algo muy gordo está ocurriendo.

Aunque sea lo que sea lo que esté pasando, no nos vamos a enterar muy pronto, porque Irina nos informa de que varias lanzaderas están descendiendo desde la nave estelar que está en órbita. Quizás lo de la invasión no esté tan desencaminado. Ese tipo ha debido traer con él varios centenares de soldados. ¿Para hacer qué? Francamente, no tengo ni idea.

Cuando llegamos a nuestra casa, y Groar nos pone a hacer prácticas de combate. Típico. No

protesto. El guerrero parece preocupado, y eso es siempre mala señal. Groar no suele preocuparse a la ligera.

Mamá vuelve al cabo de unas horas y pasa por nuestra casa, antes de volver a la suya. Viene con el ceño fruncido, y eso tampoco es una buena noticia.

—Mantened un perfil bajo —nos aconseja—. También tú, Tanit. El gobernador parecía saber mucho de vosotros, incluso muchas cosas que no hemos reportado a la Tierra. Y estaba particularmente interesado en ti, cielo.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Parecía saberlo todo sobre ti. Es como si alguien le hubiera hecho un dossier muy detallado. Sabía hasta las notas que sacabas en el colegio e incluso conocía tu trabajo de final de carrera en la universidad. Dijo que era la tesis más brillante que jamás hubiese leído, y me citó varios de los párrafos más notables.

Frunzo el ceño. Eso sí que es raro.

—¿Por qué se molestaría en hacer eso?

Tara bufá.

—Yo sé por qué. Quiere conocer el secreto del salto galáctico.

El guerrero asiente. Ya lo he dicho, estos dos no tienen ni un pelo de tontos. A su manera, los dos son también brillantes en lo suyo. Y tienen razón. Eso explicaría el interés del hombre por mí. Fui yo la que se trasladó quince mil años-luz. Debe suponer que he sido yo quien ha descubierto ese secreto, y no mi nido. Y en realidad, tendría razón.

—¿Intentará un ataque directo?—inquire nuestro macho.

Mamá sacude la cabeza.

—No lo creo. Las leyes humanas protegen a los individuos de forma muy estricta. Gobernador o no, estaría cometiendo un delito si intentase encarcelarla o hacerle daño. Pero es posible que intente hacer algo de forma indirecta.

Groar gruñe despectivo.

—Ese tipo no sabe a quién se enfrenta. Tara, Irina y yo lucharemos por Tanit. Moriremos por ella, y ese gobernador moriría mucho antes.

Mi madre hace una mueca. Toda esta discusión la incomoda, y noto que está preocupada.

—Aún así, mantened un perfil bajo.

Los siguientes días procuramos no destacar demasiado. Los Krogan salen de exploración, aunque a regañadientes: No les gusta la idea de dejarme sola, así que señalo que Irina me va a estar cuidando, y ella tiene más potencia de fuego que el resto del planeta junto. Yo me encierro con mamá en su laboratorio, analizando el bichito ese al que parecen gustarle demasiado las cosechas humanas. Y mientras tanto, nada especial ocurre. Bueno, en realidad sí: siguen aterrizando lanzaderas. Por lo que cuenta Irina, el campamento está creciendo a ojos vista.

Mi nido vuelve al cabo de una semana, y apenas han llegado cuando algo ocurre, como si alguien estuviese esperando a que volviessen.

—Están intentando entrar en el *Viento Solar* —nos avisa Irina— ¿Disparo, *Art'Ana*?

—¿Qué? —me escandalizo—. ¡No!

—Eso es una actitud hostil —protesta Groar—. ¡Supone que nos están atacando!

—Aún así, no es razón para matarlos —protesto—. Vamos a la nave. Les daremos una lección. ¿Cuántos son, Irina?

—Veintisiete. Han intentado abrir la nave, y al ver que no lo conseguían, han traído sopletes. No están consiguiendo nada, claro.

Los tres reímos entre dientes, mientras nos encaminamos hacia el espaciopuerto. Por supuesto que esos tipos no van a conseguir nada. Nuestra nave es un acorazado de bolsillo. Tiene un blindaje con el que los seres humanos no podemos ni siquiera soñar. Un soplete no va a ser mucho más efectivo que una cerilla.

—Son gente de Harrigan, ¿verdad? —inquire Tara, aunque es bastante obvio. Nadie de la colonia se comportaría así. Aparte de que aquí son muy respetuosos con la propiedad ajena, ya nos conocen. Y ninguno estaría tan loco como para intentar esa estupidez.

—Afirmativo.

Activamos nuestros escudos mientras yo le explico a mi nido lo que pretendo hacer. Nada de usar armamento letal, como mucho algo que les deje fuera de combate. Valen golpes o patadas, siempre que no sean tan fuertes como para que los maten o les rompan algo. Y por supuesto, nada de arrancarles un brazo o una pierna. Los dos Krogan son capaces de ello sin esforzarse demasiado.

Nos desplegamos cuando llegamos al aeropuerto. Yo me dirijo derecha hacia la nave, mientras los guerreros inician una maniobra envolvente. Voy a distraer a esos idiotas, y los Krogan se acercarán por sus espaldas.

Por supuesto, me ven venir. Uno de ellos da la alarma y dejan de usar el soplete, poniéndose todos delante, para que no lo vea. Parecen niños pequeños que han hecho una travesura.

Me planto delante de la pandilla, los brazos en las caderas, mirándoles con cara de enfado. Los tipos esos intentan disimular, pero se les da fatal.

—A ver, ¿quién es el imbécil que está al mando? —pregunto, sin intentar disimular el cabreo que tengo.

—¿Quién te crees que eres, mocosa? —responde uno de ellos con acritud. Al mirarle veo que se trata del cabo que nos intentó echar de mala manera cuando llegaron.

—Pues soy la dueña de una nave estelar que se ha encontrado una pandilla de ladrones intentando robarla.

—¡Nos somos ladrones! —protesta.

—¿Ah, no? —Señalo al soplete que están intentando esconder—. Pues lo disimuláis muy bien, dado que estáis intentando entrar a la fuerza. —Intenta protestar, y le señalo con el dedo, tan cerca que casi le saco un ojo—. Déjame decirte una cosa, so idiota: En el improbable caso de que hubieseis logrado entrar en la nave, se habría disparado el mecanismo de autodestrucción. Y todo vuestro campamento, todo el espaciopuerto e incluso toda la colonia habrían desaparecido en una nube radioactiva. ¿Cómo podéis ser tan burros?

Los soldados se miran entre ellos. Supongo que cumplían órdenes, pero ninguno de ellos podía siquiera imaginar que esas órdenes supusieran suicidarse. El cabo no parece impresionado.

—Entonces serás tú quien nos abra, mocosa.

Intenta echarme mano, y yo aparto su brazo de un manotazo. Suelta un grito: le he dado fuerte. Entonces intenta pegarme. Yo me escurro debajo de su brazo, lo agarro y pego una patada hacia atrás cuando intenta bloquear mi llave con una sencilla contra-llave. Pega un alarido muy satisfactorio, y cuando se dobla, sujetándose sus partes, le pongo la zancadilla, haciendo que se estampe contra el suelo.

—Quedas detenido por intento de robo —le digo—. En base a mis derechos como ciudadana, procedo a realizar un arresto civil.

Los demás soldados se acercan, amenazadores, los puños cerrados y con cara de mala uva. Aunque supongo que piensan que una niña no debería ser demasiado peligrosa, no han visto a quiénes tiene detrás. Menos de dos minutos más tarde, los veintisiete están en el suelo, quejándose, suponiendo que no estén inconscientes. Yo solo he podido tumbar a seis, mi nido se ha ocupado del resto.

—Estás perdiendo facultades, Tanit —me regaña Groar—. Has estado demasiado lenta.

—Yo no puedo agarrar a cuatro a la vez, como haces tú —protesto—. Deberías saberlo.

—Aún así, debes entrenar más —gruñe mi maestro, y siento cómo un escalofrío recorre mi columna. Creo que me acabo de ganar unas cuantas sesiones de entrenamiento de combate cuerpo-a-cuerpo adicionales. Nuestro maestro de armas no perdona que flaquees en una pelea. Y en un nido Krogan ni siquiera la matriarca puede poner pegos cuando se trata del entrenamiento de combate. Esta especie es así, y no hay nada que hacer al respecto. Llevan decenas de miles de años con esas costumbres.

Por supuesto, en el campamento nos han visto, porque suena una alarma. Instantes después, decenas de soldados corren en nuestra dirección. Groar toma descuidadamente su cañón de plasma de la espalda, y dispara a cierta distancia de ellos, a fin de no herirlos. La explosión es terrorífica: Ha ajustado su arma a la máxima potencia, y la onda expansiva tumba a todos los que corren hacia nosotros, amén de hacer un buen cráter en el suelo. Supongo que bastará como advertencia.

Efectivamente, los soldados se detienen. No estoy segura de si han comprendido el aviso, porque los carros de combate emergen desde detrás del campamento y se despliegan en línea, los cañones de las torretas apuntando hacia donde estamos. A menos que haga algo, esto va a terminar en un tiroteo, y no quiero que haya muertos. En el lado contrario, quiero decir, a nosotros no nos van a hacer ni cosquillas.

—Esperad aquí —ordeno a mi nido, y avanzo hacia la línea de vehículos y soldados. Muchos se han tirado al suelo y me están apuntando con sus armas. No es que me preocupe mucho: Incluso el impacto de una granada rebotará contra mi escudo. Aunque obviamente ellos no lo saben.

Un oficial se adelanta, haciéndoles gestos a sus hombres para que no disparen, y se dirige hacia mí. Nos encontramos al cabo de unos minutos más o menos a mitad de camino, a unos cuatrocientos metros de ambos bandos, muy cerca del cráter que ha hecho Groar con su disparo.

—¿Están locos? —me espeta el militar, airado. Es el mismo capitán con el que ya tratamos, pero esta vez no parece nada conciliador—. ¿Cómo se atreven a atacarnos con armas de guerra?

—¿Armas de guerra? —me río—. Es un armamento civil Krogan de la más común. El armamento pesado lo tenemos en nuestra nave. Y que le quede claro que los Krogan tiene la pena

de muerte para los que intentan robar una nave estelar y para sus cómplices. ¿Está claro?

—¡Nadie ha intentado robar vuestra nave! —protesta, pero noto que lo dice sin ninguna convicción. Este oficial no solo sabe lo que estaba haciendo esa pandilla; probablemente haya sido él quien haya dado las órdenes.

—Si vemos a unos tipos intentando abrir la puerta con un soplete, pues ya me dirá el qué vamos a pensar.

El hombre mira brevemente en dirección a nuestra nave. Se percata de que solo Tara y Groar están en pie.

—¿Los habéis matado? —sisea, cada vez más enojado.

—Por supuesto que no. Hemos realizado una detención civil y se los vamos a llevar al juez Yang para que los juzgue. Dado que se han resistido al arresto, no nos ha quedado más remedio que ejercer un poco de fuerza. No creo que hayo más que uno o dos brazos rotos, hemos procurado no darles demasiado fuerte.

Veo que se queda a cuadros. No es solo el hecho de que nosotros tres solos hayamos dejado a veintisiete fuera de combate, que ya es para nota. Supongo que está tan acostumbrado a obedecer órdenes que no ha recordado que intentar penetrar sin permiso en una propiedad privada es un delito y que el propietario tiene todo el derecho a oponerse por la fuerza a dicha violación de sus derechos.

—¡No podéis hacer eso! —tartamudea al fin.

—¿Oh? —pregunto, toda inocente—. ¿Y se puede saber por qué no?

—¡Son militares!

Me encojo de hombros.

—Son unos ladrones que han intentado robar en una propiedad privada situada en un área civil. —Sonrío y luego añado, con todo el sarcasmo del que soy capaz: —Usted mismo dijo que esa zona no estaría acordonada como área militar.

Pone cara de dolor de muelas. No le debe gustar un pelo haber metido así la pata. Si nuestra nave estuviese en zona militar, podría haber hecho lo que quisiera. Al estar en una zona civil, en cambio, sus hombres han cometido un delito. Y sabe que tengo todo el derecho a arrestarlos según las leyes del Sistema Solar.

—¡Ellos solo cumplían órdenes!

—¿De verdad? —sonrío con malicia—. ¿Y de quién? Lo digo para denunciarlo también al juez Yang.

—¡El gobernador no está bajo la jurisdicción del juez! —se enerva—. ¡Solo responde ante la jurisdicción de la Tierra!

O sea que ha sido el tal Harrigan en persona quien ha ordenado entrar en nuestra nave. Pues ya está bien. El tipo se creará muy importante, y nosotros hemos intentado mantener un perfil bajo, pero acaba de cruzar una raya roja. Ese tipo no es quién para intentar robarnos.

—Él quizás no —respondo—. Sin embargo, sus soldados sí. Y sabe muy bien que es obligación de todo militar negarse a obedecer órdenes ilegales. La disciplina militar no obliga a cometer delitos.

El capitán inspira hondo, intentando tranquilizarse. Es obvio que tengo razón y que sus hombres están en un buen lío. Piensa en liberarlos por la fuerza... hasta que al mirar hacia nuestra nave le hace ver que es una locura. No solo están Tara y Groar apuntando con sus armas, Irina ha abierto todas las bahías de artillería y un montón de cachivaches han surgido del casco, orientados hacia donde estamos. Aunque no pueda reconocer de qué se trata, es obvio que son cañones que podrían destruir todo su campamento en apenas segundos.

—Escuche, señorita... perdón, señora —se dirige a mí en un tono conciliador—. ¿No podemos arreglar esto? Digo... antes de que ocurra algo irreparable.

Casi suspiro de alivio. Aunque no voy a permitir que el gobernador intente avasallarnos y pisotear nuestros derechos, tampoco quiero que esto termine en un tiroteo o que haya incluso muertos. Y si la cosa se desmadra, mi nido va a tirar a matar, por mucho que yo intente retenerlos.

—Retire a sus hombres —respondo con el ceño fruncido—. Y consígame una entrevista con el gobernador. Quiero decirle cuatro cosas en la cara.

Para sorpresa mía, se echa a reír. Le miro por un momento, perpleja, y luego yo tampoco puedo aguantar la risa.

—De acuerdo —dice finalmente—. Le conseguiré esa entrevista. ¡Pagaría el sueldo de un mes por verle la cara cuando se las diga! Porque estoy seguro de que lo va a hacer.

—Puede apostar por ello —refunfuño, a pesar de todo incapaz de ponerme serio de nuevo.

Entonces el capitán me ofrece la mano.

—Me gusta usted, jovencita. Tiene agallas. Procuremos no tener más enfrentamientos, ¿de acuerdo? E intente... bueno, que sus amigos no vuelvan a estar en primera línea de cualquier incidente. He oído que al gobernador no le gustan ni un pepino, y no quisiera tener que actuar contra ellos.

Estrecho la mano que me ofrece. Este hombre está siendo sincero conmigo, puedo notarlo.

—Le aseguro de que no querrá hacerlo —le advierto—. Los Krogan son una raza guerrera. Necesitaría bastantes más tropas contra ellos de las que tiene en su campamento. De todas formas, procuraremos mantener un perfil bajo. Siempre y cuando no vuelvan a intentar entrar en nuestra nave.

—No lo haremos. —Hace un gesto hacia los Krogan—. ¿Podemos atender a mis hombres?

—Cuando haya retirado sus tropas. Intentar obligar a un Krogan a hacer algo mientras le estás apuntando es como agitarle un trapo rojo a un toro. Y es igual de peligroso. O más.

—Comprendo. —El capitán desengancha una radio de su cinturón y pronuncia unas breves palabras. Instantes más tarde, los carros de combate se dan la vuelta y los soldados armados se retiran, mientras se acercan despacio unos que van vestidos como paramédicos—. Es usted una persona muy curiosa, señorita... señora Martín. Parece mucho más adulta de lo que es en realidad.

Me encojo de hombros, echando a andar e indicándole que me siga.

—Bueno, he tenido que apañármelas sola entre alienígenas, antes de tener a mi nido. Y después tampoco hemos tenido precisamente una vida plácida.

—Me encantaría oír sus historias. Deben ser muy interesantes.

—Las cuento todos los viernes, en la pradera de la colonia.

Llegamos donde me esperan los Krogan y hago un gesto de irnos. Los dos saurios dudan un instante y luego obedecen, mientras Irina vuelve a cerrar las bahías y yo me despido con un gesto del oficial. Para mi sorpresa, repite el saludo. Luego se agacha y comienza a atender a sus hombres, ayudándoles a levantarse.

—Nos vamos así... ¿sin más? —pregunta Groar. Parece algo decepcionado de que no hayamos comenzado una batalla épica.

—Estos son unos subordinados —explico—. Me van a conseguir una entrevista con su jefe.

—Ah —sonríe, enseñando los dientes—. ¿Vamos a ver al gobernador? —Palmea su cañón de plasma—. Será un placer... saludarle.

No puedo evitar un suspiro. Sé perfectamente lo que a Groar le gustaría hacer, y precisamente por eso voy a ir a verle yo sola.

Lo malo es que durante dos días nos da plantón. La espera me enerva, y al tercer día ya estoy tan cabreada que voy a ir a verle, invitada o no, cuando aparece un soldado indicándome que el gobernador quiere verme. Vamos, como si pudiera ordenarme nada, por muy gobernador que sea.

Aunque mi nido no le gusta nada que quiera ir sola, yo les tranquilizo poniéndome mi armadura —en realidad un traje espacial blindado— y el escudo que les arrebatamos a los Tloc. Y por supuesto, me equipo con mis armas favoritas. No creo que el tipo ese me vaya a hacer nada, pero Groar me ha entrenado para ir siempre como si me dirigiera a una batalla. Y teniendo en cuenta las veces que eso me ha salvado la vida, pues no voy a ser tan tonta como no hacerle caso.

—Te esperamos dentro de una hora —dice Groar en español, para que le entienda el soldado—. Después iremos a buscarte y a hacerle comer sus propias tripas al gobernador.

El pobre soldado palidece. Incluso yo siento un escalofrío, porque está hablando totalmente en serio. En fin, al menos el tipo que ha venido a buscarme ya se ocupará de avisar de que más vale que no me intenten retener. Claro que les iba a costar mucho conseguirlo.

Salimos andando hacia el ayuntamiento, que es donde el tal Harrigan se ha asentado. En la colonia no solemos utilizar mucho los vehículos, normalmente vamos andando a todas partes, a menos que nos tengamos que desplazar a algunas de las granjas.

El soldado es jovencito; no debe tener más de diecinueve o veinte años. Me va mirando de reojo todo el camino, y al final ya no puede aguantar su curiosidad.

—¿Cómo es que esos extraterrestres se preocupan por ti?

Me encojo de hombros.

—Porque son mi familia.

Me mira con la boca abierta.

—¿Familia?

—Sí. Estamos casados. Y te aseguro que Groar no bromeaba cuando dijo que irían a buscarme a lo bruto.

El pobre hombre cierra la boca, enderezándose, intentando parecer más marcial.

—Nosotros defenderemos al...

—Os comerá con patatas —le interrumpo—. Y luego usará los cañones de vuestros carros de combate como mondadientes, si es que queda alguno intacto. Los Krogan son una raza guerrera

que ya era civilizada antes de que los humanos saliéramos de las cavernas. Hay que estar loco para enfrentarse a ellos.

Cierra la boca y yo sonrío para mí, sabiendo que le he metido miedo. Espero que se lo diga a sus compañeros, para que no se atrevan a molestarnos. Porque a decir verdad, apenas he exagerado.

Llegamos al ayuntamiento, y el soldado me pide que espere en la entrada mientras informa de mi llegada. Tarda como cinco minutos, por lo que supongo que ha estado reportando lo que ha dicho Groar, puesto que me hacen entrar en cuanto sale.

El gobernador me recibe en lo que antes era el despacho del jefe de la colonia. Han desaparecido todos los bártulos de Joshua y solo queda una enorme bandera de la Federación Solar detrás del escritorio.

—*Señora* Martín —me saluda con una media sonrisa, recalcando lo de “señora”. Es obvio que le están informando puntualmente de todo lo que digo y hago—. Al fin nos encontramos. He oído hablar mucho de usted últimamente.

No me ofrece la mano, y yo no hago intención de dársela.

—Y más que va a oír hablar de mí si vuelve a intentar robar mi nave —respondo, con el ceño fruncido.

—¡No hemos intentado robarla! —protesta un hombre que no había vista hasta entonces, a mi espalda.

Me vuelvo. Es un militar, y por la pinta que tiene debe ser un oficial bastante importante, aunque no reconozco sus insignias. Yo, como mucho, reconozco la graduación hasta capitán. Tampoco es que haya muchos militares en Marte.

—¿Y usted es...?

—Coronel Dixon. Yo soy quien estoy al mando.

—Entonces es usted al que tengo que denunciar al juez Yang por intento de robo.

—Ya basta —me interrumpe el nuevo gobernador, saliendo de detrás de su mesa. Está poniendo cara de mala uva. Se conoce que no le gusta mi actitud, pero me importa un pepino. A mí tampoco me gusta la suya—. El coronel tiene razón: Nadie ha intentado robar nada.

—Seguro. —Yo cada vez estoy más cabreada—. ¿Y cómo llama intentar entrar en una propiedad privada con un soplete?

—Mire, jovencita —interviene el tal Harrigan—. Debe entender que esa nave tiene una tecnología extraordinaria que puede permitir que la humanidad se extienda por todo el universo. Sabemos que logró viajar más lejos que cualquier ser humano, y también sabemos que ha logrado descubrir cómo regresar. Una hazaña increíble, debo admitir. Usted ha realizado un descubrimiento prodigioso, mas no podemos permitir que quede en manos de unos alienígenas.

Me cruzo de brazos. Lo malo es que, cuando contacté con mi madre desde el otro lado de la galaxia, mi madre lo contó, y se ha corrido la voz. Todo el mundo sabe que viajé nada menos que quince mil años-luz. Y yo tampoco he sido tan lista como para negarlo. Y por si fuera poco, los Krogan nunca han ocultado de dónde proceden. De pronto soy consciente de que una vez me intentaron sonsacar el secreto del salto galáctico mediante la tortura, aunque yo en aquella época lo desconocía por completo. Después de eso, este tipo lo lleva crudo si cree que le voy a dar mi

descubrimiento así como así.

—Así que usted lo quiere robar sin más.

El gobernador frunce el ceño, claramente molesto.

—¡Es un tema de seguridad de la más alta prioridad! ¡No podemos dejar que esos extraterrestres se apropien de él! ¡Y si para ello tenemos que confiscar su nave, pues lo haremos!

—¿Apropiarse? —bufo—. No tienen que apropiarse de nada. Son mi nido. Todo lo que es mío es suyo. ¡Y no pueden confiscar nuestra propiedad! ¡Es ilegal!

Una sonrisa sardónica se extiende por el rostro del hombre. Se vuelve, toma un papel de la mesa, y me lo entrega.

—Acabo de hacerlo.

—¿Qué? —Miro el papel que tengo delante, leyendo rápidamente las apenas ocho líneas que tiene. Dice que por razones de seguridad de la humanidad, mi nave queda confiscada—. ¡No puede hacer eso!

El gobernador se apoya en la mesa, sonriente. Es obvio que está disfrutando de todo esto.

—Claro que puedo. No se preocupe, algún día le devolveremos su nave... cuando hayamos verificado que no supone un peligro para la humanidad.

Estrujo el papel con a mano, rabiosa.

—Quiere decir, cuando la hayan estudiado y hayan podido replicar su tecnología.

Su sonrisa se hace más ancha.

—Bueno, es bastante obvio que no me mintieron cuando dijeron que usted era un genio. —Se pasa la mano por el pelo—. También necesitaremos de sus servicios, claro está. Para que nos explique el funcionamiento y la tecnología subyacente. Una vez que podamos replicarlo, la galaxia será nuestra.

Me quedo con la boca abierta. ¿Encima de robarme mi nave quiere que le ayude a desmantelarla? El tipo este no sabe que no va a encontrar la tecnología que busca. Los motores de mi nave no son por sí solos capaces de realizar el salto galáctico; se necesita también a alguien... como yo. Solo alguien con un poder *psi* enorme, combinado con una capacidad de cálculo brutal es capaz de realizar ese tipo de salto. Y estaría loca si le dijese la verdad. Sería como pedir a gritos que empezasen a experimentar conmigo.

—¿Y de verdad cree que voy a ayudarle? —le espeto, furiosa, en cuanto logro recobrar me de la impresión—. ¡Soy una ciudadana! ¡No puede obligarme a ello! ¡Váyase a la mierda! ¡No voy a permitir este atropello! ¡Ladrón!

Entonces el gobernador se inclina hacia mí, y puedo leer claramente la cólera y la amenaza en sus ojos.

—Ten mucho cuidado, pequeña —me sisea—. Más te vale no pasarte de lista. Puedo ser un hombre muy, pero que muy peligroso.

No puedo remediarlo: me echo a reír. ¿Peligroso? Este tipo no tiene ni la más ligera idea de lo que mi nido y yo consideramos peligroso. El gobernador se queda como petrificado. Luego arruga la frente, aprieta la mandíbula y me mira como si quisiera matarme allí mismo. Furioso, levanta la mano, haciendo como si fuera a pegarme una torta por lo que él considera una impertinencia. Yo

no me muevo, puesto que sé que no me va a hacer daño, por mucho que se empeñe, pero le saco la lengua en señal de burla. Entonces él me abofetea con furia. Y se hace polvo la mano al rebotar contra el campo de fuerza que me protege. Se sujeta la mano dolorida, mirándome con una mezcla de asombro y furia.

—No sólo eres tonto —respondo, risueña—. Es que eres un completo imbécil.

Y entonces, antes de que pueda reaccionar, agarro su brazo y le volteo por encima del hombro. Yo soy extremadamente fuerte; lo más probable es que lo sea incluso mucho más que él, dado que mis músculos también han sido reforzados con una modificación genética alienígena, y el hecho de estar en una gravedad muy superior a la de la Tierra hace que sus reflejos sean mucho más lentos. Toda la habitación retumba cuando se estampa contra el duro suelo.

El coronel que le acompaña echa mano de su pistolera, pero yo soy mucho más rápida y saco mi pistola de proyectiles explosivos antes de que pueda siquiera desabrochársela. El militar duda. Aunque mi artefacto no se parece nada a una pistola terrestre, es bastante obvio que le estoy apuntando con un arma.

—Mucho cuidado, coronel —advierdo, con gesto de malas pulgas—. Antes de hacer nada, le sugiero que vea primero el qué hace esto que tengo en la mano.

Apunto a la pared a mi derecha, sin dejar de vigilarle, y con el pulgar aumento la potencia de los proyectiles al máximo. Eso es trivial, lo puedo hacer hasta con los ojos cerrados. Acto seguido disparo, y toda la pared vuela en pedazos y se derrumba, incluido una parte del techo. El militar mira el destrozo con la boca abierta; luego me mira a mí y traga fuerte cuando le vuelvo a apuntar a él.

—Le recomiendo que se quite la pistolera y la tire a un lado —comento con toda tranquilidad—. No haga ningún movimiento brusco, no vaya a pensar que me va a atacar. No es que vaya a hacerme nada incluso aunque me dispare, entiéndalo, pero prefiero no tener que matarle.

El hombre traga fuerte de nuevo y obedece con movimientos lentos. Cuando la pistola está fuera de su alcance, yo me inclino sobre el gobernador, que está intentando enderezarse, la cara contraída de dolor por el golpazo que se ha pegado en la espalda. Con esta gravedad, es como si hubiera caído de espaldas desde dos metros y pico de altura en la Tierra o unos ocho metros en Marte. Eso debe de doler. Mucho.

—Se olvida de un pequeño detalle, señor como-se-llame —le digo, toda risueña—. Si se cree peligroso, yo lo soy mucho más que usted. Y para su información, mi nido es muchísimo más peligroso que yo. Así que ándese con mucho cuidado, o terminará lamentándolo.

Sin esperar una respuesta, salgo por el agujero de la pared que ya no existe, ignorando a todos los que se están asomándose por el hueco, con cara de alucinados. Creo que este tipo se lo va a pensar mucho antes de volver a meterse con nosotros. Aunque si lo hace... pues tanto peor para él.

Mientras vuelvo a casa empiezo a tener remordimientos por lo que he hecho. De acuerdo, ha intentado robarme el *Viento Solar*. Pero quizás no debía haberle dado tan fuerte, porque ahora ese hombre está furioso conmigo. No sólo es un mandamás importante, sino que que es una mala persona. Es seguro que va a intentar hacerme pagar la humillación. No es que me dé miedo, claro, pero tratarle así no ha sido muy inteligente, por mucho que sea un genio.

Hago una mueca. Bueno, ya no tiene remedio. A partir de ahora creo que voy a tener que cuidar mis espaldas.

Llego a casa, y se le cuento todo a mi nido. Para mi sorpresa, se echan a reír. Supongo que el tal Harrigan no les ha impresionado mucho.

—Te lo dije, Tanit —me recuerda Tara—. A ese tipo le han enviado para descubrir el salto intergaláctico.

—¿Y qué hacemos?

Los dos Krogan hacen un gesto que en los seres humanos sería el equivalente a encogerse de hombros. Claro que ellos no tienen hombros.

—Nada—responde Groar.

—¿Nada?

—Nada. Es imposible que pueda entrar en nuestra nave, así que dejemos que el gobernador enseñe sus cartas. —Groar ya ha aprendido muchas expresiones humanas. Y también ha “limpiado” a los inconscientes que le enseñaron a jugar al póker.—. Que haga el primer movimiento. Porque sospecho que el salto galáctico no es lo único que busca. Luego le daremos una lección que no olvidará jamás.

Asiento. Que meta la pata el tipo ese. Hay que ser muy pardillo para intentar jugársela a un maestro que sabe más de estrategia que todos los generales humanos juntos. Por muy imbécil que sea, casi está empezando a darme pena.

Durante ese día y el siguiente no pasa nada. Bueno, sí, los militares a las órdenes de Harrigan intentan entrar en nuestra nave. Primero con sopletes, luego con láseres industriales, finalmente con un láser de ataque militar. Irina nos lo va relatando con todo detalle, y nosotros nos estamos tronchando de la risa. Ni un rasguño han logrado hacerle al blindaje de nuestro acorazado de bolsillo. Finalmente se hartan, y traen los carros de combate. Tampoco habrían logrado nada, pero Irina enciende brevemente los escudos cuando disparan, y por poco los que se van al otro lado son ellos cuando las granadas rebotan contra el escudo. Después de eso, dejan de intentarlo.

Es al atardecer cuando las cosas empiezan a animarse. Mamá me llama por un comunicador que le dimos, pidiéndome que vaya a su casa. Por la forma en que lo dice, sé que está pasando algo, así que vamos los cuatro y armados por lo que podemos encontrarnos. A la hora de la verdad, mi madre está sola con el jefe de la colonia, que está paseando agitadamente de un lado a otro. Jamás lo he visto tan alterado.

—¿Qué ocurre? —pregunto en cuanto entramos.

Joshua deja de pasear en cuanto me ve, volviéndose hacia mí.

—Tanit, necesito que hagas algo. Es muy urgente: Tienes que ir donde los Urgh y avisarles de que tienen que evacuar su poblado.

Le miro perpleja. ¿Acaso le ha dado una insolación? ¿O es que de repente se ha vuelto loco?

—¿Qué haga qué?

—Que se vayan. Ya mismo. Yo no puedo ir, me están vigilando.

Ahora estoy segura de que el amigo de mamá está desvariando.

—¿Cómo que te están vigilando?

—Para que no pueda interferir —interviene mi madre—. Tanit, tú y tu nido tenéis que avisarles lo antes posible. Salid ahora mismo en vuestra nave, han confiscado todos nuestros vehículos de

exploración.

Frunzo el ceño. Aunque es posible que Joshua haya perdido la chaveta, no es posible que a mamá le haya ocurrido lo mismo... a la vez.

—¿Por qué? ¿Qué está ocurriendo?

El hombre inspira hondo.

—Lo siento, tenía que habértelo explicado desde el principio. Tanit, a Harrigan le han enviado para exterminar a los Urgh.

Se me cae la mandíbula de la sorpresa.

—¿Qué?

—Viene con instrucciones de la Tierra de borrar cualquier huella de extraterrestres en este planeta. —Me mira, con el gesto duro—. Y mucho me temo que eso incluye a tu nido. Tenéis que iros. Ahora mismo.

—Pero... —Estoy alhelada, casi incapaz de reaccionar—. ¿Por qué?

Los dos adultos intercambian una mirada seria. Se les nota muy incómodos.

—Cariño —musita al final mi madre—. Por alguna razón, el gobierno de la Tierra no quiere que se sepa que los extraterrestres existen. Y si los eliminan a todos, incluyendo a tu nido...

Cierro la boca, alternando la mirada entre uno y otro, abrumada por lo que me están contando.

—¿Y qué harán con los colonos? ¡Todos han visto a los Urgh y a mi nido! —De pronto siento un escalofrío—. ¿Los van a matar también? ¿Os van a matar también a vosotros?

—No hace falta —gruñe Joshua—. Están censurando nuestras comunicaciones desde hace meses. Podrán seguir haciéndolo indefinidamente. Y una vez que los Urgh hayan dejado de existir, una vez que hayan desaparecido del todo... será muy fácil desacreditar como un lunático a cualquiera que diga que los han exterminado. Tanit, en la Tierra hay mucha gente que ve conspiraciones por todas partes, y el ciudadano normal no se las toma en serio.

—¡Pero hay fotos! —insisto—. ¡Hay películas!

—Que te aseguro que desaparecerán antes de que Harrigan se vaya de aquí. Es cuestión de tiempo antes de que registre todas las casas y purgue los archivos de la colonia. Es muy fácil: Declarará la ley marcial por cualquier supuesta amenaza extraterrestre, suspenderá los derechos de todo el mundo, y aprovechará para destruir cualquier prueba de que los Urgh o tu nido existieron jamás.

Entonces caigo en la cuenta de que Groar y Tara también son extraterrestres. Llevo tanto tiempo casada con ellos que para mí son casi más familiares que los demás humanos.

—O sea que quieres que todos nos escondamos —gruñe Groar—. ¡Eso es deshonroso!

—Los Urgh no son guerreros —le interrumpe mi madre—. Estarán indefensos ante el armamento de los soldados. ¡Será una matanza!

—No lo será —interviene a su vez Tara—. Nosotros les protegeremos. Obedecen a Tanit. Ello les convierte en nuestros aliados.

—La propia Tanit está en peligro —advierte el hombre—. Groar, Tara, tengo mis fuentes en el entorno del gobernador, y la situación es muy seria. No solo ha venido a exterminar a los Urgh.

Quiere también conseguir el secreto del salto galáctico, sea como sea.

Bufo con desprecio.

—Pues lo lleva crudo. Ya le he enviado a freír algas a la parrilla.

Mi madre y Joshua intercambian una mirada muy seria y me envaró al verlo. Creo que el jefe de la colonia ya ha hablado con mi madre, y le ha dicho mucho más de lo que me ha contado. Y efectivamente, el hombre se inclina hacia mí, con su risueño rostro afeado con un gesto de honda preocupación.

—Escucha, Tanit, esos hombres no se detendrán ante nada. Conozco a la gentuza como Harrigan. Si es menester torturará a tus amigos. Los viviseccionará delante de ti para hacer que le enseñes el secreto del salto galáctico.

Palidezco.

—¡No puede hacer eso!

El hombre se ríe, con una risa amarga.

—¿Cómo que no puede? Tanit, tus amigos no son ciudadanos. No tienen derechos legales, nuestra sociedad no tienen actualmente leyes para proteger a los alienígenas. Puede hacer lo que quiera con ellos.

Groar gruñe, despectivo.

—Primero tendría que cogernos. Si piensa que no vamos a luchar es un perfecto idiota.

—Ha traído con él una brigada de soldados. Cuatro mil hombres.

—¿Cómo es que no los hemos visto? —inquire mi madre, sorprendida—. ¡No es posible ocultar a tanta gente!

—Eso es porque aún no han desembarcado. Las lanzaderas bajarán de madrugada, rodearán vuestra casa y os capturarán.

Tara bufá con desprecio.

—Aunque fueran diez mil, no me preocupan. Luchamos contra los Tloc. Matamos a centenares de ellos. No creo que los humanos sean más peligrosos que los Tloc. Os he observado: Sois débiles y vuestras armas son una basura. Incluso cuatro mil soldados no son partido para nosotros. Venceremos, o moriremos con honor. Pero jamás con cogerán con vida.

Groar gruñe su asentimiento, echando mano de sus armas.

—Así es. Hoy honraremos a nuestro clan.

Trago fuerte. Esto va a ser una masacre. Ese imbécil de Harrigan no sabe el qué son unos guerreros Krogan. Si piensa que se van a rendir es que está loco. Ni siquiera saben qué significa la palabra rendición.

—Quizás si se ocultan una temporada...

El jefe de la colonia me mira con impaciencia.

—¿Ocultarse? Tanit, no lo has comprendido: Ese hombre no se detendrá ante nada. —Mira un momento a mi madre, y observo la angustia en sus ojos—. Si no puede capturarlos, torturará a tu madre si con ello cree que puede doblegarte. Si eso no basta, te torturará a ti.

Siento cómo el color desaparece de nuevo de mis mejillas.

—¡Eso es ilegal! ¡Mamá es una ciudadana! ¡Yo también soy una ciudadana! ¡Tenemos derechos!
Su rostro es una máscara mientras se inclina hacia mí, hasta que sus ojos están a mi altura.

—Tanit, ya no tienes derechos. Ninguno.

Siento que un escalofrío recorre mi columna.

—¿Cómo que no?

—Porque Harrigan ha firmado un decreto declarándote traidora a la raza humana.

—¿Qué?

Mamá y yo gritamos lo mismo al unísono. Entonces nos miramos, aleladas. ¿Traidora a la raza humana?

—Te has negado a revelar el secreto del salto intergaláctico. Según él, estás conspirando con los alienígenas para someternos.

—¡Eso es ridículo! —protesta mamá—. ¡Tiene doce años! ¡Trece como mucho! ¿Cómo va a poder conspirar contra la raza humana? ¡Es una menor!

Joshua suspira, enderezándose.

—Es ridículo, lo sé. Sin embargo, él argumenta que según el calendario tiene casi quince años; puede pedir que se la juzgue como a un adulto. La ley por ahora no reconoce el efecto de la ley de la relatividad sobre la mayoría de edad. Además, dice que siendo un genio es lo suficientemente adulta como para saber lo que hace. Y no ayuda que por su culpa una raza alienígena haya sido devuelta al Medievo.

—¡Los Tloc me raptaron! ¡Me torturaron! Los Krogan y los Naurin simplemente acudieron en mi ayuda.

El hombre me señala.

—Tanit, ¿de verdad crees que nadie creerá que te rescataron porque eres uno de ellos? ¿Porque les habías dado el secreto del salto galáctico? ¿Y que te has negado a dárselo a Harrigan porque los prefieres a tu propia raza?

—Pero... —Miro alrededor, alelada—. ¡Eso es ridículo! ¡Ningún juez se tragará eso!

—Eso será si logras llegar ante un juez —interviene mi madre. Veo que está al borde de las lágrimas—. Cariño, Joshua tiene razón: Debes irte.

—Y tú también debes irte, Laura —insiste el hombre—. Harrigan no se va a detener ante nada. Intentará presionar a tu hija a través de ti. Y como no colabores, serás arrestada bajo cualquier pretexto. Ese hombre se las gasta así.

Entonces mamá inspira hondo.

—No. No huiré. —Me mira, y su rostro de pronto se endurece de determinación—. Tanit, cielo, Joshua tiene razón: Debes irte. Pero por mucho que me duela, yo no voy a ir contigo.

Me quedo mirándola, los ojos abiertos, la mandíbula caída, incapaz de reaccionar.

—¿Cómo que no quiere venir con nosotros? —se asombra Tara.

—Yo... lo siento. Lo siento mucho. —Mamá se agacha, hasta que sus ojos están a la altura de los míos y me coloca las manos en los hombros—. Tanit, te quiero. Y no quiero perderte. Pero no puedo irme.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué?

Ella suspira.

—Porque alguien se tiene que quedar para proteger a los Urgh.

—Yo puedo hacerlo —se ofrece el jefe de la colonia—. Laura, yo... sabes que te echaré mucho de menos. No puedes abandonar a tu hija.

Mi madre se medio vuelve para mirarle. Parece desanimada.

—Tengo que hacerlo yo, Joshua. Fui yo quien los descubrió. Quien informó de su existencia a la Tierra. Y quien a costa de eso los ha condenado a la extinción. No, Joshua. Son mi responsabilidad.

—Eso es lo que hace una persona honorable —interviene Groar. Mira a mi madre y se lleva el puño al pecho, en señal de respeto—. Cumplir con sus obligaciones. Asumir sus responsabilidades, sea cual sea el precio a pagar. —Hace lo que en su raza es un gesto de reconocimiento—. No esperaba menos de la madre de nuestra *Art'Ana*. Del *Lei-Tar*.

—Así es —asiente Tara—. Educaste a tu hija con honor, el mismo honor que tú demuestras. Es un privilegio y un gran honor que pertenezcamos al mismo clan.

—Pero... —Estoy alternando la mirada entre mi madre y mi nido, alelada. ¿Que mamá se quiere quedar y dejar que me vaya? No, no puedo consentir eso—. ¡Tenemos que seguir juntas! Si tú te quedas, yo también.

Entonces agarra mis manos. Me sorprende la agonía que de pronto veo en su mirada.

—Tanit, cielo, no puedes quedarte. Yo puedo proteger a los Urgh hasta que se conozca su existencia en la Tierra. Entonces exterminarlos se convertirá en un problema político tan enorme que no podrán hacerlo. En cambio, no te podré proteger a ti. Tienes un secreto demasiado valioso. ¡Sabes cómo viajar de un extremo a otro de la galaxia! Te intentarán arrancar ese secreto como sea, tanto el gobierno como las grandes corporaciones. Te perseguirán toda tu vida.

—¡Aunque lo contase no serviría de nada! —protesto—. Te lo expliqué, ¡hace falta un poder *psi* enorme, además de una capacidad de computación brutal! ¡Eso no se puede diseñar sin más!

Mi madre suspira y sacude la cabeza con abatimiento.

—No te creerán, cielo. No querrán creer que ese modo de viajar para ellos es imposible. Y si lo hacen... será incluso peor. —Toca el extraño cristal que tengo empotrado en la frente—. Supondrán que esto es el secreto para hacerlo. Experimentarán contigo. Si es menester, te lo quitarán. He visto las imágenes de tu cerebro, cielo. Extirparte eso te mataría. —Me mira muy seria—. Cielo, no quiero que te conviertas en un conejillo de indias. No quiero verte sufrir. No quiero verte muerta.

—Sé defenderme —protesto—. Ya me han intentado matar muchas veces. Mi nido me ayudará.

—Puedes escapar una vez —interviene Joshua—. Muchas veces. Sin embargo, te perseguirán toda tu vida, y además pondrás en peligro a tu familia. Tu madre tiene razón: Debes irte. —Mira a mi madre—. Sé que te preocupa Laura. Te prometo que yo la cuidaré. Que la protegeré, si es menester incluso a costa de mi vida.

Veo la mirada emocionada que se intercambian esos dos, y sé que es verdad. A estas alturas sé perfectamente que Joshua está enamorado como un idiota de mi madre. Haría cualquier cosa por ella.

No puedo menos que mirar a mi nido en busca de ayuda, presa de un mar de confusión. ¿Quedarme? ¿Irme? En realidad sé que mamá tiene razón. Los seres humanos nos decimos civilizados, pero la raza humana ha hecho cosas horribles. Siempre habrá gentuza como Harrigan, dispuestos a hacer cualquier cosa para conseguir sus objetivos, sin importarles el sufrimiento que causan. Y a estas alturas este canalla ya se habrá preocupado de advertir a sus compinches de que poseo el secreto más importante de la historia. Jamás volveré a estar a salvo. Y no solo no estaré a salvo, sino que pondré en peligro a todos mis seres queridos.

—Los argumentos de tu madre y Joshua son lógicos —advierte Irina—. Este tiempo que hemos pasado aquí me ha enseñado mucho de vuestra especie. Sois unos seres muy contradictorios, que podéis ser tanto protectores como destructores. Es lógico suponer que habrá quien no se detenga ante nada para conseguir tu secreto.

Cierro los ojos un instante. Esto es muy difícil para mí. Anhelaba tanto volver con mi madre... y apenas he estado unos meses con ella. Sin embargo, si sigo aquí, la pondré en peligro. Porque sé que ella no se irá. Y tiene razón: Los Urgh necesitan ser protegidos, y mamá tiene la responsabilidad de hacerlo. Además... no puedo tener sobre mi conciencia arrancar a mi madre del resto de la humanidad solo para poder estar con ella. Eso... es una carga que deberé llevar sola. Y yo al menos tengo a mi nido. Ella solo me tendría a mí.

Inspiro hondo, dándome valor. Luego abro los ojos y miro a Tara. Ella lo comprende al instante. El nido está tan unido que no necesitamos palabras, y a veces ni siquiera necesitamos compartir el pensamiento para saber lo que quieren los demás.

—Esperaremos fuera a que te despidas de tu madre. Luego la escoltaremos hasta los Urgh.

—¿Qué? —se escandaliza mi madre—. ¿La vais a dejar sola?

—Tanit sabe defenderse —interviene Groar—. Tú no. Y alguien tiene que distraer a Harrigan. Debe parecer que todos seguimos aquí mientras nos marchamos, o no tendremos tiempo de evacuar a los Urgh.

—¡De ninguna manera! —Creo que por un momento mi madre va a intentar pegarle, aunque le saque más de metro y medio—. ¡No voy a poner a mi hija en peligro!

—Mamá... —Mi voz hace que pegue un respingo. No creo que haya hablado jamás tan en serio, y ella lo sabe—. Si tú estás en peligro, yo no me voy a ir. Así de claro. O sea que dejas que mi nido te escolte hasta los Urgh, o iré ahora mismo a pegarle un tiro a Harrigan. Elije.

—Yo puedo... —comienza el jefe de la colonia, pero yo le interrumpo al instante.

—No —le interrumpo—. Aparte de que eres un desastre como soldado, necesitamos que haya alguien en la colonia que averigüe lo que planea Harrigan y advierta a mi madre de todos sus movimientos. —Le asiento a Irina, y esta saca de uno de los compartimentos de su cuerpo robótico un comunicador y se lo da a Joshua. Él sabe cómo utilizarlos, alguna vez hemos salido de expedición juntos—. Esto te permitirá comunicarte con mamá y avisarla de lo que se cuece aquí.

El hombre mira el aparato, preocupado.

—¿No podrán interceptar las comunicaciones?

Tara se ríe.

—Ké, ké, ké... ¿Interceptarlas? Es un comunicador cuántico. Es imposible interceptar un mensaje sin destruirlo al mismo tiempo. Eso sí, asegúrate de que no te lo encuentren encima o tendrás problemas muy serios

El hombre se guarda entonces el aparato en el bolsillo, decidido. Avanza hacia mi madre, tomando sus manos y mirándola a los ojos.

—Cuidate mucho, Laura. Te mantendré al tanto todos los días.

Ella sonrío con tristeza.

—Y tú también, Joshua.

Por un instante tengo la sensación que se van a besar, pero supongo que les da corte hacerlo delante de mí, porque Joshua se vuelve hacia mí.

—¿Cómo ponemos a los Urgh a salvo?

Irina interviene entonces.

—Hay un lugar lógico: La ciudad de los Laarneis. Los humanos no podrán nunca encontrarla.

Mi madre asiente.

—Eso es lo que había pensado. A Harrigan nunca se le ocurrirá buscar a veinte kilómetros bajo tierra. Y no puede saber dónde está: Ninguno de nosotros hemos divulgado jamás su existencia.

Inspiro hondo. Aunque esto es lo más horrible que vaya a hacer nunca, no puedo condenar a mi madre a estar siempre sola con tal de estar conmigo, ni tampoco puedo permitir que ella se ponga en peligro.

—Está bien. Chicos, escoltad a mi madre por los túneles hasta las afueras, donde el *Viento Solar* la pueda recoger. Irina, lleva a mi madre donde los Urgh, y luego trasládalos a todos hasta la cueva de los Laarneis. Después venid a buscarme. Yo entretendré a los soldados hasta que estéis de vuelta. Luego nos largaremos. Tara, te dejo al mando. Ahora vamos.

Mi nido asiente, empuñando las armas, y Tara, como la matriarca en funciones, hace un gesto hacia la salida. Groar e Irina se dirigen al instante hacia la puerta. Joshua duda un momento, y entonces Tara le empuja sin ninguna ceremonia hacia la puerta. Entonces lo pilla él también.

—Hasta luego, Tanit. Que te vaya bien.

Salen todos. Miro por un instante la puerta y me vuelvo hacia mi madre. No solo quiero despedirme; hay algo más que quiero hacer.

—Pero Tanit... —está objetando mi madre—. ¡Te vas a poner en peligro!

Sonrío, intentando tranquilizarla.

—Mamá... aparte de mi nido, tú eres la única que conoce mis poderes *psi*.

—La única no —objeta—. Joshua lo adivinó hace tiempo, aunque ya sabes que él es muy discreto. Y hay varios en la colonia que lo sospechan.

Me encojo de hombros. Que sospechen. A la hora de la verdad, no tienen ni idea de lo que soy capaz de hacer.

—Da igual. Aparte de ti —y quizás Joshua— nadie sabe que me puedo teletransportar. Cuando las cosas se pongan feas... simplemente desapareceré. No pueden retenerme aunque quieran. Lo sabes.

—Pero...

—No insistas, mamá. No me vas a convencer. Sin embargo... hay otra cosa que quiero hablar contigo antes de irme.

Una cosa que jamás le he contado a nadie, ni siquiera a mi madre, es que mi capacidad *psi* me permite ver... digamos que lo que une unos seres a otros. No es real, por supuesto, ni tampoco algo físico, sino algo que mi mente interpreta como un hilo dorado que enlaza a las personas e incluso a los alienígenas. Cuanto más se quieren las personas, más grueso es el hilo. Puedo ver la gruesa maroma dorada que me une a mi madre. Y otra igual de gruesa que me une a los miembros de mi nido, al igual que les une entre ellos. Y aunque mi madre no quiera reconocerlo, el hilo que existe entre ella y el jefe de la colonia es ya de un grosor respetable. Él es obvio que está enamorado como un idiota de mamá, puedo verlo incluso sin poderes *psi*. Y ella... es evidente que le corresponde, pero creo que no se atreve a decir nada por miedo a mi reacción.

—Mamá... —Inspiro fuerte—. Sé que te gusta Joshua. Y sé que tú le gustas a él. Mira... ya sé que querías mucho a papá. Pero él... ya no está. Ha muerto. Tienes que rehacer tu vida.

Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—¡Pero Tanit!

Me encojo de hombros y hago una mueca. A decir verdad, estoy tan incómoda como ella hablando sobre este tema. No obstante... no sé qué nos va a ocurrir. Si al final terminamos separadas, no quiero que ella siga sola. Me gustaría que alguien cuidase de ella, al igual que mi nido me cuida a mí.

—Mira, sé que no tendría que entrometerme. Joshua es un buen hombre, hace tiempo que lo sé. Si... bueno, si en algún momento te quieres casar con él, quiero que sepas que yo no pondré pegos a tenerle como padrastro.

Mi madre se sienta, mirándome. Luego suspira.

—Supongo que has crecido mucho, Tanit. Que en este tiempo que has estado fuera te has hecho mucho más adulta de lo que yo esperaba que fuera mi pequeña. —Vuelve a suspirar—. Es cierto que Joshua me cae muy bien. Y que alguna vez he pensado... —Sacude la cabeza—. Supongo que aún tenía esperanzas de que tu padre hubiese sobrevivido. Y tampoco sabía cómo reaccionarías tú si lo lograbas volver.

Sonrío con tristeza.

—Mamá, yo también hubiera preferido que papá no hubiera muerto. Quiero que seas feliz. Papá también lo habría querido. Y pienso que Joshua podría ser el hombre adecuado. Si tú también lo piensas... pues no esperes demasiado.

Entonces coge mis manos. Parece emocionada.

—Mi pequeña... ¡Cuánto has crecido! Hasta el punto de que podemos hablar de mujer a mujer. —Duda un instante—. Y en cambio tú... Mira, Tara y Groar también me caen muy bien. Lo sabes. Pero...

La miro a los ojos. He reflexionado mucho sobre este asunto. Muchas veces. Y mi decisión ya es irrevocable. Hemos pasado demasiado juntos. Y estamos ya demasiado unidos.

—Sí. Estoy casada con ellos. Y no, mamá, no voy a divorciarme ni nada similar. Aparte de que los Krogan no saben el qué es eso... —Inspiro hondo—. Es mi familia. No voy a abandonarles. No puedo abandonarles. Yo soy su esposa. Siempre lo seré.

Ella me mira con ojos tristes.

—Recuerda que el día que cumplas los dieciocho...

Asiento. Hubo un tiempo donde la simple idea me aterraba. Aunque me sigue asustando, ahora casi lo veo como una obligación. Ya pienso como los Krogan: Mi honor lo exige. Y además... existe ese enlace dorado que nos une. Un enlace que sé que jamás podré romper.

—Sí. Tendré que hacer el amor con mi marido. —Me encojo de hombros—. Sé que no podré tener hijos suyos. Me tendré que conformar con que los hijos de Tara también serán míos.

—Pero...

Esta vez soy yo quien agarra sus manos.

—Lo sé. Te parece un monstruo. ¿Recuerdas que una vez vimos juntas la película de “La bella y la bestia”?

—Sí.

—Pues es lo mismo, salvo el milagro final. Groar no se convertirá en un bello príncipe, aunque no por ello le dejaré de querer.

Entonces su manos aprietan las mías. Veo que sus ojos están nublados de lágrimas. Igual que los míos.

—Ojalá seas feliz, cariño.

—Y tú también, mamá.

—Cuídate mucho, cielo. Te quiero.

Nos abrazamos una vez más. Una última vez. Y huyo, sin volver la vista atrás, porque me derrumbaría si lo hiciese. Sé que no voy a volver a ver a mi madre nunca más.

Salgo de la casa, secándome los ojos, y le asiento a mi nido, que está ya en modo batalla, por cómo están inspeccionando el entorno. Joshua está a un lado, indeciso, pero le ignoro. Inspiro hondo y aprieto el paso, intentando no pensar en que nunca más voy a volver a mi madre. Ahora tengo que hacer de cebo para que mi nido pueda poner a mamá a salvo.

Me doy un paseo por la ciudad, mientras mi nido lleva a mi madre a nuestra casa, para sacarla por uno de los túneles. Entonces veo a lo lejos que está saliendo una patrulla del ayuntamiento, y que uno de los soldados me señala. Vale. Hora de esfumarse. Al menos por un rato, porque sé a dónde van a ir a buscarme. La cosa es que tengo que distraerlos.

Giro entre dos casas y me pongo a correr. En apenas unos minutos, he vuelto a mi casa. A mamá y mi nido ya no se les ve; deben ya estar en el túnel. Un vistazo a la entrada del pasadizo me lo confirme: Groar ha activado el modo de evacuación, y el túnel se ha derrumbado detrás de ellos, para que nadie pueda seguirlos. Perfecto.

Es entonces cuando oigo la llamada en la puerta. Abro, y me encuentro frente a unos soldados en armadura, que me están apuntando con sus rifles.

—¿Tanit Martín? —La pregunta es un poco estúpida, puesto que soy la única chica de mi edad en todo el planeta. El teniente no parece darse cuenta de ello—. Queda arrestada por traición. Por su bien, sugiero que no intente resistirse.

Miro por la puerta. Hay como una docena de soldados. Si estuviesen desarmados, podría perfectamente dejarlos a todos fuera de combate. Estos tipos aún no se han acostumbrado a la gravedad más alta de Thuis, puedo verlo por cómo se mueven, como si llevaran a alguien a cuestas. En cambio yo no sólo es que esté acostumbrada: Aparte de la modificación genética

alienígena que hace que me pueda mover sin problemas en entornos de alta gravedad, está el detalle de que he sido entrenada durante casi dos años en técnicas de combate por el guerrero más mortífero de la raza Krogan. Podría barrer el suelo con todos ellos en cuestión de minutos. Y eso sin utilizar mi poder *psi*. Pero como van armados, en el tiroteo podría salir herida mi madre. Porque seguro que, si oye tiros, se dará la vuelta para acudir en mi ayuda. No voy a poner en peligro a mamá.

—¿Está tonto? —pregunto, mientras pienso furiosamente. Tengo que ganar algo de tiempo, para que mi nido se pueda alejar sin ser detectado—. ¿Traición? Oiga, ¡que ni siquiera tengo trece años!

El militar me mira con frialdad. Un gesto nervioso en la esquina de su boca me indica que quizás no esté tan seguro como parezca de lo que está haciendo. Sin embargo, es como todos los soldados: cuadrulado. Obedecerá las mayores estupideces si las ha dado un superior.

—Tengo mis órdenes —contesta, confirmando que es poco más que un robot.

Entonces me cruzo de brazos.

—Soy una ciudadana —respondo—. Tengo derechos. ¿Dónde está la orden de detención? ¡No puede detenerme sin una orden de detención! ¡Eso es ilegal! ¡Sería un delito!

Parece sorprendido de que una niña sepa más de leyes que él, pero claro, yo soy un genio, y he estudiado de todo. Busca en un bolsillo y saca un papel, que agita delante de mí.

—Aquí la tengo.

Dado que parece que no me la quiere dar, echo mano de ella. Él intenta evitarlo, pero la gravedad de este planeta hace que sus reflejos sean mucho más lentos que los míos. Le quito el papel y lo abro, echándole un breve vistazo. Luego cojo, y lo parto en dos, tirándolo al suelo.

—Lo siento, esto no vale. Está firmada por el gobernador militar, y yo soy una civil. Por otra parte, el ejecutivo no tiene derecho a arrestar a un ciudadano por cargos inventados sin una orden judicial. Es uno de los principios de la democracia. Qué pasa, ¿no sabe nada de leyes? Pues le advierto de que como me intente llevar con usted, denunciaré al gobernador por detención ilegal y a usted personalmente por secuestro.

El hombre se pone rojo. Supongo que está tan acostumbrado a obedecer que ni se le ha pasado por la cabeza que yo pudiera siquiera cuestionar sus órdenes.

—¡Ya basta de estupideces! —brama al final—. Sargento, ¡espóselo!

El hombre a su lado avanza, y yo me cruzo de brazos, desafiante.

—¿Acaso quiere terminar en la cárcel por secuestro? —le espeto—. No sea idiota. —Me asomo hacia los soldados—. Y vosotros seréis todos cómplices si lo consentís. Unos militares no tienen derecho a arrestar a un civil, y mucho menos en su propia casa. De hecho, como entréis, habrá que añadir el delito de allanamiento de morada. Lo lleváis crudo, chicos.

Los soldados se miran entre ellos, obviamente incómodos. Sin embargo, no se atreven a protestar. El sargento se vuelve para mirarlos, me mira a mí, y le dice algo al oído del teniente. Este me mira, furioso, pero al final da un paso atrás.

—Está bien —me sisea—. Voy a pedir una orden judicial. Ni se te ocurra salir, mis hombres rodearán la casa para evitar que escapes.

—No tienes ningún derecho a encerrarme en mi propia casa —le contesto—. Si quiero salir y

me lo impides, me aseguraré de que termines en la trena por detención ilegal, tonto del culo.

Cierro la puerta de un portazo, dándole con ella en las narices, muy satisfecha de mí misma. Esto me da al menos una hora. Durante este tiempo, mi nido, mi madre y Joshua habrán tenido más que suficiente tiempo para ponerse a salvo.

Reflexiono un instante. ¿Qué puedo hacer ahora? Lo cierto es que van a conseguir una orden judicial sí o sí, quizás incluso poniéndole una pistola en la sien al juez, dado que este Harrigan no se anda con chiquitas. He logrado avasallar a este teniente novato y sus hombres, pero mi suerte no va a mantenerse. Dentro de nada, me van a arrestar.

Probablemente me encerrarán en una celda, o algo así. La única celda que hay en todo el planeta es en la oficina de la comisaría; aquí no tenemos criminales, como mucho alguno que coge una cogorza y le encierran para dormir la mona. A menos que hayan creado celdas en el campamento ese que están construyendo.

¿Y si me suben a una lanzadera y me llevan a su nave estelar? Frunzo el ceño. Allí estarían libres de hacer conmigo lo que quisieran, dado que nadie se enteraría de ello. Claro que, tanto si me llevan a una celda como si me intentan llevar a su nave, mis poderes *psi* me permiten largarme cuando quiera. Lo malo es que cuando realizo un gran esfuerzo psíquico quedo para el arrastre y me pueden volver a atrapar.

Reflexiono un instante. Bueno, no me lo voy a jugar todo a mi poder *psi*, que además no me interesa desvelar. Hay otra cosa que puedo hacer para escaparme en caso de que me arresten.

Voy a mi habitación, y me pongo mi traje espacial. Bueno, yo sé que es un traje espacial, aunque los soldados creerán que es un vulgar mono. Es tecnología alienígena, tan flexible y delgado que uno parece no llevar nada. Lo que no impide que pueda parar un micrometeorito que vaya a velocidades de miles de kilómetros, con la energía cinética de una bomba. Una bala, en cambio, no le va a hacer más daño que un escupitajo. Como que los Krogan lo consideran una armadura con todas las letras.

Repliego el casco en el traje, y hago que se replieguen los guantes, de forma que mis manos queden al aire. Me miro un momento al espejo: Sí, parece un vulgar mono de trabajo.

El traje tiene bolsillos, aunque no sean evidentes. O sea que ahí meto algunas cositas que prefiero llevar conmigo. El escudo deflector de los Tloc. Un pequeño soplete alienígena. Y un aturridor de Stronhinp, puesto que es tan plano que no se verá. Finalmente, encajo mi láser a la altura de mis pechos. De acuerdo, aún no tengo las tetas de una mujer, y de hecho aún no son gran cosa. El bulto del láser sólo hará que parezca que tengo mucha más pechuga de la que tengo en realidad. No creo que nadie me vaya a pedir que me desnude, y mucho menos que alguien intente tocarme ahí para ver si el bulto oculta o no mis atributos femeninos. Además, aunque me escaneen con un detector de metales, eso no les servirá de nada: Mi traje espacial es impermeable a los campos magnéticos y a prácticamente cualquier tipo de radiación.

Ya puestos, tampoco estaría de más disimular un poco. Me pongo un cinturón encima del traje espacial, y cuelgo de él una pequeña daga y mi pistola de proyectiles explosivos. Siempre hay que tener algo con lo que distraer la atención, es una de las cosas que Groar me enseñó. Si me quitan mis armas, pensarán que no llevo nada más encima, puesto que el resto apenas se puede detectar; el traje lo disimula a la perfección.

Bien. Miro mi reloj. Mi madre y mi nido ya deben estar bien a cubierto. Hora de distraerles un poquito más. Aunque podría escapar por el otro túnel, se trata de hacerles perder el tiempo hasta

que mamá esté a salvo en el *Viento Solar*.

Abro la puerta, y salgo al exterior. Al instante, un soldado salta detrás de mí, e intenta agarrarme, para impedir que salga. Obviamente, no sabe lo fuerte que soy. Agarro su brazo, y le volteo por encima del hombro. Suelta un grito al aterrizar sobre el suelo: No es nada divertido caerte con una gravedad de 1,3 ges, el porrazo es de órdago.

Al instante acuden otros soldados, apuntándome con sus armas. Uno es tan tonto como para acercarse, supongo que para intentar esposarme, y en apenas un instante le he desarmado y le estoy retorciendo el brazo a la espalda, usándole como escudo. Sé que sus compañeros no van a disparar mientras él esté en la línea de fuego.

El tipo ese está quejándose; he debido hacerle daño. Otro de los soldados piensa que eso me distraerá y me intenta agarrar por detrás. Craso error: Instantes después está gritando en el suelo, después de que casi le haya partido la pierna de una patada, sin volverme siquiera. El cañón de un fusil se apoya en mi cabeza, y de nuevo dejo al inconsciente que lo ha intentado fuera de combate en menos de un minuto. Lo malo es que al hacerlo tengo que soltar al que estaba usando como escudo, y todos los soldados sueltan los seguros de sus fusiles mientras me apuntan. Por la cara de mala uva que están poniendo, sé que me van a disparar como mueva un solo dedo.

Dudo un instante. Por supuesto, mi armadura y mi escudo me protegerán de sus disparos, pero tampoco quiero que sea tan evidente que no me pueden hacer nada, al menos por ahora. Además, lo que quiero es hacerles perder el tiempo. Lentamente levanto los brazos.

—Sargento, ¡espóselo! —ordena el teniente.

El aludido se acerca, y yo le miro con desdén.

—Inténtalo, y te rompo el brazo —le advierto.

El otro retrocede de forma instintiva. Mira al teniente, inseguro. Hay dos hombres en el suelo, quejándose, y un tercero frotándose el brazo dolorido. Sabe que soy muy capaz de cumplir mi amenaza.

—Como te resistas, ¡disparamos! —sisea el teniente.

—Oh, sí... —me burlo, señalando a algunos colonos que han salido de sus casas, alarmados por todo este jaleo—. Un asesinato a sangre fría de una civil menor y desarmada, delante de testigos. ¿Y cree que no va a terminar en la cárcel por eso? ¿O que el gobernador no prefiera verle muerto a usted antes que a mí?

El hombre palidece. Es verdad, dispararme delante de los colonos le va a meter en un buen lío. Por no hablar del hecho que debe de tener órdenes de capturarme viva. Los muertos no cuentan sus secretos.

Duda por un instante. Luego saca una radio y pide una ambulancia para el herido. Luego me ordena que entregue mis armas.

Me echo a reír, tomo las armas de mi cinturón y las tiro al suelo. El sargento se agacha y coge la pistola de proyectiles explosivos. Al instante, el arma empieza a vibrar, emitiendo un sonido cada vez más agudo.

—¿Qué ocurre?

—¡Tírala, imbécil! —le advierto—. Está programada para usarse sólo con mi código genético ¡y al tocarla has activado el sistema de autodestrucción!

El hombre la suelta, despavorido, mientras el sonido y la vibración del arma se hacen cada vez más intensos. Uno de los soldados tiene más reflejos, agarra la pistola y la lanza lejos. Explota a unos quince metros de nosotros, y la onda expansiva tira a varios de los soldados y a alguno de los colonos. Por suerte, no ha herido a nadie.

—¿Acaso creáis que era tan sencillo hacerse con tecnología extraterrestre? —pregunto, risueña—. ¡Hay que ser lelos!

Me miran todos con una cara de mala uva que no veas, pero no se atreven a hacer nada. Han salido más colonos con el ruido de la explosión, y están protestando por mi arresto.

—¡Que es una niña!

—¿Se puede saber el qué estáis haciendo, desgraciados?

Los colonos se acercan indignados, y los soldados les apuntan con sus armas. Tengo que intervenir, no quiero que nadie de la colonia salga herido.

—¡No hagáis nada! ¡Ya veis que estos tipos me están secuestrando y les importa una mierda la legalidad! ¡Avisad al juez Yang!

Los colonos dudan un instante. Hemos sido vecinos durante meses, y todos me aprecian. Entonces retroceden a desgana, pero siguen llamando a los soldados de todo menos bonito.

El teniente mira a su alrededor. Está claro que sabe que la situación se le puede ir fácilmente de las manos. Y como dispare contra civiles desarmados... nadie le libraré de una corte marcial. Ordena a cuatro de sus hombres que se queden con el herido hasta que llegue la ambulancia, y me hace avanzar, con el resto de la tropa vigilándome. Uno de los soldados se pone a grabar lo que está ocurriendo con una cámara, supongo que para poder acusarme de algo si vuelvo a tumbar a alguien. O quizás lo que están haciendo es protegerse el culo contra posibles acusaciones de malos tratos, dado que los colonos van a reportar lo que están haciendo.

Andamos varios centros de metros, mientras uno de los soldados que me escoltan está frunciendo cada vez más el ceño, inclinándose hacia mí. Finalmente parece decidirse, alargando la mano. Le doy un manotazo, antes de que pueda tocar el láser que he colocado entre mis pechos.

—¿Qué haces, perverso? —grito, haciéndome la indignada—. ¿De verdad querías meterme mano? Teniente, ¿acaso va a permitir que sus soldados intenten abusar sexualmente de mí? ¿Qué clase de gentuza son?

—Pero... —balbucea el soldado—. Si yo quería...

El teniente se vuelve, el ceño fruncido. Sabe que lo que están haciendo le puede explotar entre los dedos, pues es de una legalidad más que dudosa. Lo que le faltaría es que les acuse de tocamientos por parte de sus subordinados. Le hace un gesto al soldado que está grabando mi detención y repasa el vídeo. Su frente se arruga del enfado cuando ve el gesto que ha hecho el soldado.

—Vasiliev —dice entre dientes, procurando no gritar. Sabe que como consienta cualquier clase de abuso en esta situación, toda su carrera se puede ir al garete—. ¿Se puede saber el qué estaba haciendo?

—Es que... —tartamudea el soldado, consciente de que le va a caer una buena. Hace un gesto hacia mis pechos—. Creo que esconde algo ahí.

—¡Claro que esconde algo ahí! —exploto—. ¡Y ya te gustaría manosearlo, caradura! ¿No te da

vergüenza intentar tocarle las tetas a una niña de doce años?

El teniente toma algo de su cinturón y me lo pasa por la parte delantera del traje, procurando no acercarlo demasiado, no vaya a denunciarle también a él. Supongo que es algún tipo de detector de metales, porque se pone a mirarlo. Lo lleva crudo, mi traje ocultará cualquier señal tanto de fuera como de dentro. Parecerá un vulgar mono de tela muy ajustado, pero la tecnología alienígena que tiene está siglos por delante de la ciencia humana. Y efectivamente, aprieta la mandíbula mientras se guarda el cacharro ese y se encara con el pobre soldado.

—Vasiliev, póngase en la retaguardia y no se acerque a menos de cinco metros de la prisionera. Luego usted y yo vamos a tener una pequeña charla. —Se vuelve hacia mí, mientras el soldado se retira con cara de muy malas pulgas—. Mis más sinceras disculpas, señorita. Tiene mi palabra de que no habrá otro incidente así.

—Señora —le corrijo.

Parpadea, perplejo.

—¿Perdone?

—Que soy señora. Estoy casada.

Me mira como si me hubiera vuelto loca. Es lógico: No estoy muy segura de haber cumplido siquiera los trece, y las leyes humanas desde luego que no permiten que una chica de mi edad se case, ni en Marte ni en ninguna parte del Sistema Solar.

—¿Casada?

—Sí —sonríó—. Con dos alienígenas y una Inteligencia Artificial.

Su mirada se endurece. Igual es que piensa que le estoy tomando el pelo. Este aún no ha debido toparse con mi nido. Se vuelve y le hace un gesto a los soldados.

—Adelante.

Aunque yo esperaba que me llevaran a su campamento, para mi sorpresa me encierran en la celda de la comisaría. No hay rastro del agente Aditya, que es el jefe de policía de la colonia. Efectivamente, esto parece una invasión, puesto que se han adueñado de todo.

Una vez que cierran la celda, dos soldados se ponen a hacer guardia delante de la puerta, mientras que el teniente se va. Supongo que quiere reportar al gobernador que ya me han capturado. Sonríó y me tumbo en el camastro de mi prisión. Mi nido tardará unas cuantas horas en evacuar a los Urgh, así que me escaparé cuando me informen de que ya han terminado.

Por desgracia, todo mi plan se viene abajo cuando Tara me habla a través del enlace mental que une a nuestro nido.

—*Tanit, tenemos problemas. Han capturado a tu madre.*

Me enderezo como una centella en el camastro. Apenas puedo disimular mi enfado.

—*¿Qué? ¿Y lo habéis permitido?*

Siento el embarazo y vergüenza de mi co-esposa.

—*Groar y yo nos hemos tenido que rendir, Tanit. Estábamos recibiendo fuego sostenido, y tu madre no tenía un escudo de los Tloc. Podía haber sido herida de gravedad.*

—*¿E Irina?*

Una ola de pesar me recorre al mismo tiempo que su respuesta.

—*Su unidad móvil ha sido destruida, Tanit. Estaba protegiendo a tu madre con su cuerpo y ha recibido muchos disparos. Es por eso que nos hemos tenido que rendir, por muy deshonroso que sea. Sabemos lo importante que es tu madre para ti.*

Me quedo a cuadros. ¿O sea que Irina se ha sacrificado por mi madre? Entonces caigo en que el robot que la acompañaba era sólo una extensión móvil. El verdadero yo de Irina está en el *Viento Solar*.

—*¿Estás bien, Irina?*

—*Afirmativo* —responde nuestra IA—. *Pero nuestro nido está prisionero. ¿Qué hacemos, Art'Ana? Me llevará varios microciclos crear otro periférico autónomo.*

—*Yo me ocupo de rescatarlos* —respondo, ahora verdaderamente cabreada—. *¿Dónde estáis?*

—*Creo que nos llevan a su campamento* —informa Groar.

—*Puedo confirmarlo* —afirma Irina—. *Os estoy observando con mis sensores.*

—*Pues allá voy.*

Saco el aturdidor de Stronhinp del bolsillo de mi traje, y les disparo a los dos soldados que hacen guardia antes de que puedan siquiera reaccionar. Dejan caer sus armas y se ponen a mirar a su alrededor, atontados. Este arma hace que las sinapsis de su cerebro empiecen a generar señales aleatorias que impiden que se den cuenta de lo que está ocurriendo a su alrededor. Puede que sueñen, o tengan pesadillas, pero podría pasar una nave estelar a un metro de ellos y ni se darían ni cuenta. Entonces saco el láser que tengo escondido y corto los barrotes de mi celda. No tardo ni diez segundos en salir de mi encierro.

Un soldado abre la puerta, asomándose, y le doy un rodillazo en salva sea la parte, para estamparle después la cabeza contra la pared. Estoy muy pero que muy cabreada, y el hecho de que mi madre esté en peligro no hace que mejore mi cabreo. Aparece otro soldado, esta vez una mujer, e instantes después también la he tumbado. Con el laser en una mano y el aturdidor en la otra salgo a la calle.

Hay otros dos soldados vigilando en el exterior, a los que dejo también fuera de combate con sendos disparos del aturdidor. Por poco le pego también un disparo a Joshua, que viene corriendo.

—*¡Tanit!* —me grita desde lejos—. *¡Tu madre...!* —Corro hacia él. Está furioso. Jamás le he visto tan furioso—. *¡Ese hijo de perra de Harrigan...!*

Me detengo a su lado. Está apretando los puños con furia, apenas incapaz de hablar.

—Lo sé. La han capturado. ¿Cómo lo sabes?

—Estaba en el Ayuntamiento cuando le han llamado. No sé a dónde la han llevado.

—Yo sí.

—Entonces vamos a rescatarla. ¿Tienes un arma para mí?

Sonrío y coloco una mano en su brazo. Sigo furiosa, pero no con este hombre. Después de todo, quiere a mamá, y ella le quiere a él.

—No, Joshua. Sigo necesitando que haya un espía aquí que informe a mamá de todo lo que se cuece.

—¡Si está prisionera!

—No por mucho tiempo. Joshua, tienes que disimular. Hacerte el tonto. Que Harrigan no sepa el qué haces. Y que cuando rescate a mi madre y a mi nido, debes mantenerla al tanto de todo para que pueda proteger a los Urgh.

—Pero...

—¿Acaso no crees que pueda rescatarla?

El hombre me mira seriamente. En estos meses ha visto que yo no soy una muñequita frágil, aunque no haya cumplido siquiera los trece años. Y nos hemos comenzado a respetar mutuamente. De hecho, Joshua es uno de los primeros que empezó a tratarme como a una adulta.

—Ten cuidado, Tanit —dice al fin—. Tu madre no sobreviviría si te pasara algo. Y yo...

Aunque no termina la frase, le he entendido perfectamente. Aprieto su brazo una vez más, antes de irme.

—Que seáis muy felices, Joshua.

Sin esperar su respuesta, salgo corriendo.

Tardo como un cuarto de hora en llegar al espaciopuerto corriendo, y me detengo en una loma próxima, jadeando. Aquí aún no me pueden ver, y no voy a ser tan idiota como para llegar a la vista de todos.

—Irina —llamo—. *Envíame el plano del campamento al ordenador de mi traje. Y marca la posición del nido.*

—*Ya lo tienes* —me responde al instante. Y efectivamente, un mapa aparece al instante en el visor de mi casco—. *Tu madre está en el centro exacto del campamento. A Groar y a Tara los están llevando hacia la lanzadera.*

—¿Hay alguien en ella? —inquiero.

—*Dos pilotos* —responde—. *Nadie más.*

—*Perfecto* —mascullo—. *Cuando estén llegando, usa un láser para cortar la lanzadera en dos, para que no pueda despegar. Procura no cortar los depósitos de combustible, no quiero que nadie salga herido. Acto seguido lanza un proyectil de plasma cerca de donde estén los que vigilan a nuestro nido.*

—*Maniobra de distracción* —confirma—. *Hemos hecho esto muchas veces.*

—*Eso es. Avisa a Tara y Groar.*

Hemos practicado tanto juntos, que esto es casi un juego. En cuanto Irina inutilice la lanzadera, los Krogan captarán la señal y se tirarán al suelo. El proyectil de plasma derribará a sus escoltas, y no les costará nada desarmarlos y escapar. Yo mientras tanto iré a rescatar a mi madre.

Miro el mapa. El campamento es una serie de edificios, con en el centro una red de pasadizos conectados unos a otros. Un verdadero laberinto, vigilado por muchos soldados. Mi madre está en lo que parece una celda, casi en el centro de ese lugar. En condiciones normales, sería casi imposible llegar hasta allí. Pero yo no soy una persona normal.

Entonces oigo cómo los altavoces del campamento proclaman mi nombre.

—Tanit Martin —dice la etérea voz—. Su madre ha sido arrestada por traición. Entréguese y

confiese sus crímenes, o solo empeorará la situación para ambas.

No puedo menos que reírme. Está visto que ya se imaginan que estoy por la zona, intentando salvar a mi madre y a mi nido. ¿Pero acaso esos idiotas piensan que me voy a rendir sin más? He sido entrenada por un maestro guerrero Krogan. Se van a enterar de lo que significa eso. Y lo primero que voy a hacer es atacar por donde no esperan que lo haga.

Inspiro hondo. Estos tontos no lo saben, pero el misterioso órgano que tengo al lado del cerebro, ayudado por ese extraño cristal que tengo incrustado en el cráneo, me dan unos poderes psíquicos con los que los demás seres humanos apenas pueden soñar. Si no fuera porque la vida de mi madre está en peligro, casi me darían pena.

Cuando cierro los ojos, sigo viendo. Puede estar oscuro, es igual. Puede haber mil guardias entre mi madre y yo, que me da lo mismo, porque voy a hacer trampa. Ese pasadizo que seguro que está lleno de trampas y guardias armados es tan patético como si me intentasen detener pintando un laberinto en el suelo y bloqueando la entrada. Yo no solo puedo *ver* en cuatro dimensiones. Puedo tomar un atajo por el evento de sucesos que forma el borde de nuestro universo hacia un universo tetradimensional. La cuarta dimensión es el poder de la mente, y aunque no puedo llegar a ese universo superior, sí me puedo acercar lo suficiente como para poder pegar un salto por encima de su patético pasadizo.

De pronto estoy en otro lugar, en la sala donde desemboca el pasadizo que vigilan con tanto celo. Hay dos guardias, de espaldas a mí. Se vuelven sorprendidos; de alguna manera deben haber percibido mi presencia. No están preparadas y yo en cambio sí. Dos disparos con el aturdidor de Stronhinp hacen que durante las próximas horas vayan a estar por completo idiotizados.

Después de eso, es tan fácil que parece mentira. Abro la puerta de la celda, y a mamá casi se le cae de la mandíbula al ver quién aparece en la entrada.

—¿Tanit? ¿Pero cómo has entrado?

Le hago un gesto para que salga.

—Luego, mamá. Tenemos que irnos.

—Pero... ¡no podemos! ¡También han capturado a tu nido!

—Lo sé —asiento, tomando su mano—. Irina está en ello.

Un grito me sobresalta, y veo como una docena de guardias corren hacia nosotros mientras empuñan sus rifles. Frunzo el ceño y con el poder de mi mente los echo hacia atrás, estampándoles con fuerza contra la pared. Acro seguido aprieto la mano de mi madre y me teletransporto con ella hasta el *Viento Solar*. Me tengo que apoyar contra la pared más cercana, puesto que me tiemblan las piernas. Siempre me ocurre cuando he usado mucho mi poder *psi*. Aunque con la práctica he logrado aguantar mucho más, sigue siendo un esfuerzo considerable que me obliga a descansar.

—Irina —jadeo—. ¿Y el nido?

—Tara y Groar ya están en el puente —contesta por el altavoz—. Esos humanos no eran partido para ellos. ¿Despegamos?

—Despegamos —confirmando—. Llévanos donde los Urgh.

Mi madre hace que me apoye en ella, puesto que apenas puedo andar, y juntas vamos al puente. Respiro de alivio cuando me puedo sentar en mi sillón e Irina me muestra el mapa de situación.

Por lo visto, nos han disparado varios misiles cuando despegábamos, que Tara ha interceptado

mientras Groar se encargaba del lanzador de misiles y los carros de combate. Respiro aliviada al ver que no hemos causado víctimas. Y ya no nos pueden hacer nada: En el tiempo que hemos tardado en llegar al puente, el *Viento Solar* ha recorrido los quinientos y pico kilómetros que nos separan de la aldea de los Urgh e Irina está aterrizando.

Groar sale a buscar al anterior jefe de los Urgh, Krag, porque yo aún apenas puedo andar. Tara en cambio se lleva a mi madre a nuestra armería. Si mamá se va a quedar con los Urgh, necesita poder defenderse. Le he dicho a mi co-esposa que le dé un buen surtido de armas letales y no letales, además de un escudo Tloc. No nos da tiempo para fabricarle una armadura, dado que no queremos que Harriagan tenga tiempo de encontrarnos, aunque cuando mamá vuelve está más que equipada para una pequeña guerra.

—He codificado las armas para que respondan a su código genético —me informa Tara—. Y también le he explicado cómo transferir la posesión, si fuera necesario.

—¿Qué ocurre si alguien quiere usarlas si no es el dueño? —pregunta mamá.

Levanto los brazos y abro las manos, simulando una explosión.

—Bum. Explotan. Procura largarte bien lejos o al menos tirarte al suelo si alguien te las quita.

Sus ojos se iluminan de comprensión.

—O sea, que es por eso que explotaron las armas de Tara y Groar cuando las cogieron. Hubo varios heridos.

Tara ríe entre dientes.

—Ké, ké, ké... No será porque no les advertimos.

Entra Groar con el inmenso Urgh y yo me levanto para saludarle. Aún me tiemblan un poco las piernas.

—Hola, Krag.

Levanta los cuatros brazos. Es su forma de saludar.

—Jefe, Krag está contento de verte.

Me cuesta un poco explicarle que deben abandonar la aldea. Los Urgh son sapientes, pero aún tienen la mentalidad de niños pequeños y no creo que entiendan que Harriagan quiere exterminarlos. Finalmente le cuento que sus creadores —los Laarneis— quieren que vayan a vivir una temporada a su ciudad para que les ayuden a reconstruir la parte derruida y hacerla bonita, y el bruto asiente. Llevan decenas de miles de años repoblando la fauna y flora del planeta para los Laarneis, por que no le extraña nada que les llamen para esta tarea. De hecho, parece ilusionarle trabajar en la ciudad de sus dioses.

—Mi madre irá con vosotros —le explico—. Ella os ayudará hasta que podáis volver.

Mamá ya se encargará de explicarle a los Laarneis la situación. Esos alienígenas están mucho más avanzados que los Urgh, y sabrán cómo bloquear el túnel que desciende hacia su ciudad, a unos veinte kilómetros bajo la superficie del planeta. Y si por un milagro Harriagan logra descubrir su localización y pudiese llegar hasta donde están... tendrá un serio problema. Aunque los Laarneis son pacíficos, su tecnología está miles de años por delante de la humana. Jamás podría derrotarlos.

—Los Urgh iremos con la pequeña jefe a ver a los dioses y hacer su ciudad bonita.

—Dile a la tribu que cojan todo lo que quieran llevarse y que suban a este pájaro de hierro. En cuanto esté todos, nos iremos.

—Krag te obedece.

El grandullón sale del puente, y yo me voy con mi madre hasta mi camarote, para poder hablar con ella a solas.

—Podría quedarme contigo, mamá.

Ella sonrío con tristeza.

—¿Y vivir el resto de tu vida bajo tierra, cielo? No, no puedes. Tú has vivido entre las estrellas. Enloquecerías si estuvieses encerrada. Incluso este planeta se te ha quedado pequeño. He visto cómo por la noche miras al cielo. Y tu mirada me decía a las claras que anhelas regresar al espacio. Además, está tu nido. No puedes obligarles a quedarse allí. No, cielo. Tu sitio está entre las estrellas.

Tomo sus manos entre las mías.

—¿Y tú no pasarás tu vida bajo tierra?

—Bueno —sonrío—. Se me ha ocurrido una idea. Resolveremos el intento de genocidio montando tal escándalo que al gobierno no le quedará más remedio que dar marcha atrás.

—¿Cómo?

Me lo explica. Hay que conseguir publicar mi libro. Yo creía que ya se había hecho, pero es improbable si el gobierno ha estado censurando las comunicaciones de Thuis. Mi libro es tan detallado que es imposible que lo consideren un fraude. Y si logramos que millones de personas lo conozcan...

—También me protegerá a mí, cielo. Por tu insistencia en que fuésemos las dos coautoras, tendré la oportunidad de dar mi versión de los hechos a la prensa y el que me arrestasen se convertiría en otro escándalo interplanetario. —Su rostro se hace serio—. Sin embargo, no te protegerá a ti, mi amor. Aunque el gobierno no se atreviese a hacerte nada después del escándalo que se montará, sabes que hay corporaciones muy poderosas que no se detendrán ante nada con tal de conseguir el salto intergaláctico. Ya te conté lo que está ocurriendo en Zeta.

Asiento, resignada. Efectivamente, en Zeta, después de la catástrofe que casi se lleva a toda la colonia por delante, se le asignó la gestión a una corporación, para que fuera más eficiente. Pero hay insistentes rumores de abusos de la población, y el gobierno del Sistema Solar parece estar mirando hacia otro lado. La política es un asco. Por suerte, en Thuis teníamos una verdadera democracia... hasta que llegó el asqueroso de Harrigan.

Informo a Irina de lo que ha propuesto mi madre, y me confirma que se pone a fabricar un dron con nuestras impresoras 3D. Cuando lo termine, cargará mi libro y un mensaje que grabamos entre mi madre y yo en la memoria del dron.

Al cabo de unas horas, Irina me informa que los Urgh han embarcado con todos sus enseres y animales. Despegamos, y para asombro de los enormes alienígenas, en apenas unos minutos estamos ante la cueva de los dioses, la entrada del gigantesco túnel que lleva a la ciudad de los Laarneis.

Descendemos todos, y me despido uno a uno de los Urgh. Son como niños, y se ponen tristes de verdad cuando les digo que me tengo que ir. Tengo que explicarles que Krag volverá a ser su jefe,

y eso parece consolarles un poco. A medida que me despido de ellos, van entrando en la enorme cueva.

Me despido de Krag. El gigantesco ser me levanta hasta que estoy a la altura de su cabeza, a cinco metros del suelo. Me mira muy serio con sus enormes ojos.

—Hay algo que no me has contado —dice—. Algo malo para los Urgh va a ocurrir. Es por eso que quieres que vayamos con los dioses.

—Así es —asiento. No quiero mentirle a mi amigo, y Krag es más inteligente que la mayoría de su especie—. Ellos os protegerán. Mi madre os protegerá. Y yo también voy a hacer algo para protegeros. Escucha a mi madre, ella os dirá cuándo el peligro ha pasado.

Me contempla durante un instante, y luego me besa con cuidado la cabeza, puesto que su boca es tan grande que casi me podría comer de un bocado. Luego me deja con cuidado en el suelo.

—Krag nunca te olvidará. Vuelve cuando el peligro haya pasado.

—Lo haré, Krag, lo haré.

Mi madre está abrazando a Groar. Apenas le llega al pecho. Luego abraza a Tara.

—Amigos míos, cuidado de mi pequeña.

—Lo haremos, Laura —responde Groar, llevándose el puño al pecho, en señal de respeto—. Sabes que lucharemos y moriremos por ella si fuese preciso.

Mamá sonrío con tristeza. Luego se inclina ante los Krogan y también se lleva el puño al pecho.

—Lo sé. Ha sido un honor conocer a tan valientes guerreros que tanto han honrado a nuestro clan. Y es un gran honor que mi hija comparta su nido.

Los dos alienígenas se inclinan a su vez, saludándola de nuevo. Es obvio que sienten una gran satisfacción por las palabras de mamá. Claro que yo ya me ocupé de enseñarle la etiqueta Krogan, no fuera a meter algún día la pata.

—El honor es nuestro al estar en tu mismo clan.

Entonces mi madre se acerca, y me abraza con todas sus fuerzas. Durante unos minutos estamos así, sin movernos. Entonces se separa de mí y me besa en la frente.

—Que seas muy feliz, mi amor —susurra. Veo que sus ojos brillan, posiblemente de lágrimas que está intentando retener—. Cuídate... y sigue brillando entre las estrellas.

—Adiós, mamá —apenas logro murmurar, también al borde de las lágrimas.

Ella se da la vuelta, y sigue los pasos de Krag. Sigo mirando cómo entra en la cueva, hasta que al final desaparece en la oscuridad.

—Adiós, mama —susurro una vez más, y vuelvo al *Viento Solar*.

Irina está despegando cuando llego al puente. No sale directamente hacia el espacio, a fin de que la nave que orbita alrededor de este mundo pueda detectar desde dónde despegamos. En tierra somos prácticamente invisibles gracias a nuestros sistemas de camuflaje, pero es bastante trivial calcular la zona inicial de despegue de una nave que entra en órbita. Recorreremos siete mil kilómetros en los siguientes doce minutos, antes de que Irina levante el morro del *Viento Solar* y subamos directamente hacia la nave militar terrestre, el *Hijo del Trueno*. Es seguro que no van a esperar que salgamos desde justo debajo de ellos.

Y creo que les hemos pillado por sorpresa, porque no hacen ningún cambio de órbita cuando surgimos de improviso de la atmósfera, a apenas veinte kilómetros de ellos, y nos impulsamos hacia el espacio.

Irina lanza entonces el dron, que inmediatamente se dirige hacia la nave terrestre, anclándose contra el casco. Nadie lo buscará allí. Y cuando el dron detecte que está de vuelta en la Tierra, emitirá nuestro mensaje y el libro comprimido en todas las frecuencias a la vez, incluyendo todas las redes públicas. Muchos, entre los casi quince mil millones de habitantes de la Tierra, además de los habitantes de Marte y Venus, oirán mi mensaje y leerán nuestro libro. La prensa lo publicará, con enormes titulares. El gobierno no podrá ocultar la existencia de extraterrestres. No podrá exterminar a los Urgh y los Laarneis, si es que ese es su propósito. Y va a tener que responder a muchas preguntas muy incómodas.

Entonces la nave terrestre empieza a girar. Antes de que pueda ver lo que pretende, nos lanza dos misiles con cabezas nucleares.

No tengo tiempo de reaccionar; estamos demasiado cerca y los misiles los tenemos encima en cuestión de segundos. Por suerte tenemos un escudo. Los misiles se estrellan contra él. Uno de ellos explota, y luego el otro.

La mayor parte de la gente no tiene ni idea de el qué es una explosión nuclear. Piensan en la guerra chino-americana que llevó al gobierno mundial en la Tierra, donde unas cuantas ciudades fueron destruidas por armamento nuclear antes de que los idiotas que dirigían esos países recobrasen el sentido común y parasen la guerra. En una explosión nuclear, hay tres factores que causan daño: la liberación de energía, la radiación y la onda de choque. La mayor parte del daño es normalmente debido a la onda de choque.

Como en el espacio no hay aire, la onda de choque en el vacío es poco menos que inexistente. Nuestro escudo para sin problemas la energía liberada por la bomba, y también las partículas de alta velocidad. Aunque no louviésemos, no nos habría hecho nada. El casco de nuestra nave es casi capaz de aguantar una llamarada solar, y eso es mucha más energía y más radiación que el de un arma nuclear de unos pocos kilotones. Estos tipos no saben la clase de armas que usan los extraterrestres. Sus misiles para nosotros son poco más que un petardo.

Groar está disparando antes de que pueda impedirselo. Un proyectil de plasma funde los motores del *Hijo del Trueno* como si fueran de chocolate. Me mira, preguntándome obviamente si debe acabar con la nave, mas sacudo la cabeza. Sin energía no van a poder seguir atacándonos. De hecho van a tener que abandonarla. Estos tipos y las tropas que trajeron ahora están varados en Thuis. Con mamá.

Miro en la pantalla el planeta que se está alejando y tengo que tragar fuerte. Ahora soy una traidora a la raza humana. Una enemiga. Si me capturan me encerrarán. Probablemente me torturarán. Experimentarán conmigo. Incluso es posible que me viviseccionasen para quitarme el cristal que tengo en la frente si pensasen que con ello lograrían descubrir mi secreto.

Y mamá... se ha sacrificado por los Urgh. Si la capturan, a saber el qué le harán. Una vez que se sepa la existencia de extraterrestres, probablemente esté a salvo, pero el dron ahora ya no llegará a su destino, una vez que hemos destruido la propulsión del *Hijo del Trueno*. Y mientras tanto, mamá está en peligro. Porque si la torturan, terminarán matándola para encubrir su crimen. No es ningún consuelo que luego acusen a Harrigan de asesinato si mata a mi madre. Eso suponiendo que no encubran su muerte, pretendiendo que ha sido un accidente. Incluso aunque no la maten, nunca más volveré a verla.

Conozco el protocolo de comunicaciones humano de memoria. Sé sus frecuencias. Sé que graban todo. Hablo, dejando que al fin mi dolor y mi rabia se desborden.

—Harrigan, sé que escucharás esto. Vinimos en paz. Tú nos has declarado la guerra. Tú me has expulsado de la raza humana. Pero volveré. Y si algo le ha pasado a mi madre, te juro que no pararé hasta que estés muerto. Juro que ninguno de vosotros sobrevivirá a menos que te hagan sufrir una muerte horrible. Aunque para ello tenga que traer una flota alienígena y exterminar a toda la raza humana para asegurarme de que mueras. Ya no me importan los humanos. Sólo mi madre me importa. Porque tú has hecho que yo ya no sea humana.

Sin que tenga que dar una orden, nuestra nave se dirige hacia las estrellas. Al hogar llegaron dos Krogan y una niña. Hoy se van tres guerreros Krogan. Feroces. Despiadados. Y uno de ellos está llorando.



Sobre la colección *En órbitas extrañas*:

En órbitas extrañas es una colección de historias sobre una niña que debido a un accidente en una nave estelar está perdida en el espacio interestelar e intenta regresar con su familia. Los relatos de esta colección ya publicados o a punto de publicarse son los siguientes:

Volumen 1:

[La niña perdida](#)
[Primer contacto](#)
[El nido del Krogan](#)
[Los compradores del futuro](#)
[Rescate en el Infierno](#)

Volumen 2:

[El honor de los Krogan](#)
[El amuleto sagrado](#)
[Al otro lado de lo imposible](#)
[La venganza de los Tloc](#)
[La nave cantarina](#)

Volumen 3:

[Ecós de la Tierra](#)
[El corazón del Paraíso](#)
[El regreso de las máquinas](#)
[La Diosa del Caos](#)
[La Luz del Cielo](#)

Volumen 4:

[En busca de los dioses](#)
[Regreso al hogar](#)
[El demonio en el hogar](#)
La proscrita marciana
Enemiga de la Tierra

Volumen 5:

Al rescate del hogar

Otros relatos del autor:

[...Y se firmó la paz](#) (ciencia-ficción)

Trilogía del *Castillo Oscuro* (fantasía y ciencia-ficción)

La trilogía del Castillo Oscuro es una serie de tres novelas protagonizadas por Gwendolyn, la hija del rey Arturo. Tres misteriosos personajes, un caballero medio mago, el sultán de Granada y una Heroína del lejano país de Ptah, compartirán sus aventuras. Todos ellos tienen terribles secretos que ocultar, y la princesa pronto descubrirá que el mundo es muy diferente a lo que siempre imaginó. Pero con esa comprensión se verá en la tesitura de tener que matar al hombre que ama e incluso de tener que desatar el Apocalipsis para salvar algo cuya existencia incluso desconocía.

1. [Castillo Oscuro](#)
2. El reino oculto (2020)
3. Castillo Blanco (2021)

Otros libros del autor:

[Sofía y el Ángel Caído](#) (novela romántica)

[Lorraine y el lord impotente](#) (novela romántica)

Como autor autopublicado, la mayor parte de las reseñas vienen directamente de mis lectores. Apreciaría muchísimo si dejase una reseña de esta obra. ¡Gracias por leer este libro!

Haga clic aquí para ir a la página de Amazon y dejar una reseña.

Sobre el autor:

Ramón Somoza (1956) nació en La Coruña, España. Escribe desde los 15 años, cuando vivía en Holanda.

Es informático de carrera, pero su experiencia cubre muchísimos campos. Ha trabajado como traductor, ha desarrollado software, desde sencillas aplicaciones Web o de escritorio hasta sistemas corporativos, e incluso software para aviones de caza (Eurofighter). También ha trabajado en áreas de Fabricación y de Servicios, y en la línea de montaje del avión de transporte A400M. Se ha ocupado de modelado de datos, de negociación de contratos, de gestión de programas y también de inteligencia y desarrollo de negocio. Actualmente trabaja en Airbus Defence and Space.

Ramón Somoza también ha participado en grupos de estandarización, tanto de software como de soporte logístico integrado. Ha participado en al menos una docenas de comités de este tipo y ha dirigido dos de ellos en la SAE y otro en la ASD. Actualmente es el presidente europeo del comité de la ASD SX000i, Guía de Soporte Logístico Integrado.

No obstante, lo que le gusta de verdad es escribir. Dado que viaja muchísimo, aprovecha para escribir libros durante sus viajes. Habla correctamente cinco idiomas.

Si le ha gustado este relato, visite la web del autor en:

<http://ramon.somoza.name>

A este autor le encanta que sus lectores le escriban con comentarios, sugerencias o incluso simplemente para charlar. Puede contactar con él en:

Twitter: @RamonSomoza

Correo: ramon@somoza.name

LinkedIn: <http://es.linkedin.com/in/ramonsomoza/>

El autor también le invita a dejar su opinión sobre este relato en Amazon o en Goodreads.

Contenido

[El demonio en el hogar](#)

[Sobre la colección *En órbitas extrañas*:](#)

[Otros relatos del autor:](#)

[Trilogía del *Castillo Oscuro*](#)

[Otros libros del autor:](#)

[Sobre el autor:](#)